This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

F
3446
.198

Los Peruanos

y su Independencia

POR

José A. de Izcue

del Ateneo y del Instituto Histórico del Perú.
de la Sociedad de Americanistas de Paris
y Oficial de Academia de la República Francesa

LIMA

IMPRENTA LA INDUSTRIA

Desamparados, No. 165

1906

F3446
I95

F22021

PROEMIO

Moises A. Guzelund

Lima, á 14 de febrero de 1906

no hubiera sido factible, si La Mar, al frente de la división peruana, no resiste con tenacidad y raro acierto militar el empuje de Valdés; y que, en la tercera, los colombianos fueron completamente vencidos, tornándose en victoria la derrota, por haber tomado parte en la acción, con asombroso denuedo, el escuadrón de compatriotas nuestros que mandaba Suárez.

Canterac, batiendo en Junín á Bolívar, reducía el ejército de éste á un peligro casi insalvable. La caballería triunfante, unida á la infantería que desfilaba por el camino de Carhuamayo á Jauja, sumaba una fuerza superior en número á la del Libertador, y al caer sobre ella, aprovechando de las circunstancias del momento y de los accidentes del terreno, no es aventurado suponer que en los fastos de nuestra historia no figuraría Ayacucho.

Debe considerarse como notable en extremo el influjo que en los acontecimientos posteriores tuvo la imprevista victoria de los independientes. Aduciré tres autoridades que no pueden ser tachadas de parciales.

El historiador chileno Bulnes, siempre pronto á herir nuestro sentimiento nacional, dice en su obra *Ultimas campañas de la Independencia:* «Los sables que destrozaron á la caballería española en la pampa de Reyes, rompieron el anillo más fuerte de la cadena que mantenía el

Perú atado á la dominación española». (*) Escribe el historiador peninsular Torrente, defensor oficial de los hechos de sus compatriotas en América, en su *Historia de la revolución hispano-americana:* «La derrota que sufrieron las tropas realistas en Junín, hizo sumamente crítica la situación del virey.... Si esa acción se hubiera ganado, habría iniciado una serie de triunfos; se perdió, y no sobrevinieron sino contrastes y reveses». (**) El mismo Canterac, sobre cuyos hombros, como general en jefe, pesa la responsabilidad del fracaso de la jornada, en carta á Rodil, dirigida poco después de haber visto brillar las lanzas de los húsares de Suárez, exclama: «¡Esa victoria, que era nuestra, decidía á nuestro favor la campaña!» (***)

El Tiempo tuvo á bien dedicar á mi modesto artículo otro que reproduzco íntegro. En medio de frases elogiosas, inmerecidas, á no ser en lo que se refiere á la elevada intención y al espíritu de absoluta justicia que guió mi pluma, formula observaciones que ponen en duda que yo haya estudiado á fondo las fuentes de lo que relato, evitando incurrir en errores que, en asuntos históricos, suelen resultar de trascendencia.

(*) P. 543.
(**) T. III, p. 478.
(***) *Memorias del general O'Leary*, Narración, T. II, p. 272.

He recorrido, con frialdad, mis afirmaciones; he compulsado de nuevo, uno á uno, los manuscritos, periódicos de la época, folletos y libros que me sirvieron en el momento, en realidad rápido, de mi trabajo; y nada hallo que modificar que sea substancial ó que no ofrezca relación con algunas faltas, á veces de concepto, más imputables al tipógrafo que á mí.

El público lo apreciará en el presente opúsculo, en el que, no por hacer un lujo de erudición que quise economizar á los lectores de El Comercio, sino para demostrar que me ceñí, con todo rigor, á la verdad histórica, coloco, al final, citas numerosas y de fácil examen.

Como Prescott — séame lícito, siquiera por el símil, aproximar el mío á su egregio nombre — «dejo en pié los andamios después de terminar el edificio». (*)

Aunque, en mi afán de aclaración y comprobación, temo no haberlo conseguido siempre, he procurado, sin embargo, no incurrir en el defecto de que tan donosamente se burló Cervantes cuando, en el prólogo de *El Ingenioso Hidalgo*, hace dar éste consejo á su fingido interlocutor: «Para mostraros hombre erudito en

(*) *History of the Conquest of Perú*, Nueva York 1878, prólogo, p. IX.

La pintoresca frase original es "I have suffered the scaffolding to remain after the building has been completed."

letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, y veréisos luego con una famosa anotación, poniendo: *El río Tajo fué así dicho por un rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar y muere en el mar Oceano, besando los muros de la ciudad de Lisboa. Es opinión que tiene las arenas de oro.....*». (*) Los escritores del siglo XX se han sacudido, por lo general, de la preocupación de sabiduría que obsediaba á los del siglo XVII.

Se observará mayor amplitud en determinados puntos del texto que he juzgado conveniente acentuar, respecto al artículo primitivo. No tengo ya delante el breve espacio que proporciona un diario: tengo las páginas de un folleto que espero tomen manos patriotas y lean ojos benévolos.

(*) *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, Madrid 1608, p. 3.

OPINIÓN DE UN DIARIO

POR LA HISTORIA PATRIA

—

El señor don José Augusto de Izcue, Director que es hoy del Ministerio de Instrucción Pública, escritor y poeta no poco fecundo y de muy cultivada forma, ha contribuído — casi por excepción, dicho sea de paso — á las fiestas del Aniversario, con un artículo de carácter histórico y patriótico que, viniendo de tan autorizado funcionario, constituye algo así como un ejemplo de lo que están llamados á hacer los escritores nacionales en ocasiones de ésta naturaleza.

Parece que el propósito del señor Izcue al trazar esas líneas, fué demostrar, con una rápida exposición de los hechos culminantes de la guerra de la Independencia, cuanto tiene de injusta la tésis de algunos escritores chilenos, ecuatorianos y también argentinos, acerca del escaso, insignificante — para algunos negativo — concurso prestado por el Perú á la faena de la emancipación americana. Obedece, sin duda, á esa idea la descripción entusiasmada y, por lo mismo, no exenta de errores históricos, que nos ofrece de las batallas de Pichincha, de Junín y de Ayacucho, en que las armas nacionales, unidas ó incorporadas á las de Colombia y otros Estados, nos

dieron las victorias inmarcesibles que llevan tales nombres.

Pero escribiendo para un artículo de diario sobre tan delicada materia, no era fácil que el señor Izcue llenara su objeto, pues bien sabemos todos que la comprobación histórica reclama acopio detenido de antecedentes, noticias, informaciones y, sobre todo, documentos históricos, cuya síntesis sería imposible realizar de momento y en las estrechas dimensiones de una hoja política.

Con todo, hay que agradecer al laborioso y fecundo Director de Instrucción pública tan oportuno y meritísimo afán. El puede servir, por lo menos, para encaminar á otros, no tan embargados como él por las faenas de la Administración, á la realización de una obra que reclaman, de consuno, la necesidad de reconstituir, sobre bases estrictamente científicas, la historia de la emancipación americana, el sentimiento de la dignidad nacional, ultrajado por las opiniones que historiadores extranjeros, y aún los nuestros, han vertido sobre ella y el deber moral que tenemos de revindicar nuestros títulos en el proceso histórico de aquel magno episodio.

Hace ya largos años que un historiador chileno, don Gonzalo Búlnes, en el estilo ardoroso y sugestivo que le es peculiar, pero con la falta de serenidad y de profundidad en la investigación que caracteriza á todos los historiadores de ese país, comenzó á publicar una serie de libros destinados á presentar al Perú como un pueblo exento de virtudes patrióticas, refractario á los nobles entusiasmos de la libertad y dispuesto á prestar su concurso á los despotismos y opresiones políticas. En desarrollo de esa tesis dió á luz, primero, su libro titulado *La expedición libertadora* y, un poco después, *Las últimas campañas de la Independencia*, en que fué hasta pretender que la emancipación del Perú y del Alto Perú

se había realizado contra la voluntad de estos pueblos; y, algo más tarde, escribió una historia de la Confederación Perú-Boliviana; libros todos empapados en el empeño de justificar, por medio de un desenvolvimiento histórico puramente fantástico, la conducta posterior de su patria en sus relaciones con el Perú.

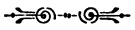
Detrás de Bulnes han venido otros escritores de menor cuantía que, tomando como pretexto, unas veces, los intereses comerciales, y otras, las relaciones diplomáticas, han proseguido esa innoble tarea de devastación moral del Perú, falseando su historia, y que vendría á servir de complemento, en la nuestra, á la obra de devastación material y económica que nos trajo la guerra de 1879.

Hace ya mucho tiempo que ha debido emprenderse la refutación de esos libros. El Perú no puede consentir en que así se mistifique la verdad, y con ella, la de un acontecimiento de tanta trascendencia como la emancipación americana. La tesis que informa esas obras y los hechos en que aparece sustentada, son falsos: poseemos el mejor archivo oficial de esos tiempos y se conservan vírgenes, todavía, los que pertenecieron á los jefes militares de la gran epopeya. ¿Qué podría, pues, impedirnos devolver á la historia sus fueros y al pueblo peruano, en sí mismo, los lauros que se trata de arrebatarle?

El Presidente de la República se complacía, hace dos noches, inaugurando el Instituto Histórico del Perú, y expresaba su confianza en que, con el ilustrado concurso de sus miembros, se reconstituiría el edificio de la historia nacional. Pues bien, allí tienen el Gobierno y el Instituto Histórico un medio de comprobar el provecho de su organización. Recojan la idea, tomen á su cargo la faena esbozada por el Director de Instrucción Pública y promuevan la elaboración de una obra que abarque el noble y

justiciero pensamiento de restablecer la verdad histórica así adulterada, y habrán realizado una obra positivamente provechosa para la honra y el prestigio de la República.

(*El Tiempo* de Lima. 31 de julio de 1905).



LOS PERUANOS
Y SU INDEPENDENCIA

Es creencia general entre no pocas gentes de América y entre ciertos escritores que el Perú nada hizo para emanciparse de la dominación española, ó que hizo tan poco, que no influyó, sensiblemente, en la contienda con las armas peninsulares.

Hay algo más. Un país enemigo del nuestro, acostumbra echarnos en cara que necesitamos ser auxiliados por el extranjero para constituirnos en Estado autónomo. ¿Ese país no lo necesitó también? ¿No es la sombra del guerrero de San Lorenzo la que vaga por las soledades de Chacabuco y Maipú? ¿No prestó el Perú igual apoyo al Ecuador? En el proceso de la revolución americana, ¿qué tenía de vergonzoso que unos pueblos socorriesen á otros, sobre todo entonces, en que, por falta de nacionalidades definitivas, no existían fronteras de derecho, con el fin, no sólo de contribuir á romper las cadenas del hermano, sino de consolidar la ruptura de las propias cadenas?

El auxilio más desinteresado fué el que al Ecuador prestó el Perú.

Mientras Bolívar y San Martín venían aquí á destruir la base de organización y de recursos de las huestes enemigas, que amenazaban á todo el Continente, era indiferente para nuestro país, desde el punto de vista práctico, que unos cuantos miles de soldados españoles, aislados, ocupasen á Quito. Los peruanos que regresaron del Ecuador sólo trajeron sus laureles: no hubo para ellos ni los expléndidos donativos en inmuebles de que disfrutaran, á orillas del Rímac, los jefes de San Martín, ni los millones de pesos votados á favor de los compañeros de armas de Bolívar. Jamás entabló nuestro Gobierno mezquinas reclamaciones por pago de haberes y suministros bélicos.

Como campo de batalla se presentaba la América meridional y como enemigo, España, á la que hoy nos vincula filial afecto. Juntos combatieron, en la primera etapa, venezolanos, colombianos y ecuatorianos; juntos combatieron, en la segunda, peruanos, colombianos y bolivianos. En la región extrema del Continente, argentinos y chilenos se agrupaban bajo una misma bandera.

Tal es, precisamente, uno de los más bellos caracteres de nuestra lucha por la libertad. Los compañeros de esclavitud, tendiéndose la mano salvadora en un mutuo anhelo y marchando, unidos, á la conquista de un ideal único. Expresar una palabra, escribir una línea adversa al aspecto generoso del gran acontecimiento histórico, equivale á debilitarlo y empequeñecerlo.

Sin desconocer, en lo menor, el reflexivo y enérgico esfuerzo de San Martín, el genial é inquebrantable ímpetu de Bolívar y la extraordinaria intuición militar de Sucre, hemos deseado coordinar y demostrar, en la fecha que simboliza el principio de la era republicana del Perú, la participación decisiva que nos cupo en las tres célebres jornadas que dieron término, sobre el lado del Pacífico, á la supremacía de los vireyes.

Los peruanos que, alta la frente y firme el brazo, entraron en la pelea en Pichincha, Junín y Ayacucho, llevaban en el corazón una gloriosa y sugestiva herencia. Ante ellos surgía la visión de José Gabriel Túpac Amaru, el último que ostentó el título de Inca, mandado descuartizar, atado á cuatro caballos, en la plaza del Cuzco, por el visitador don José Antonio de Areche; de Felipe Velasco, caudillo de los indios de Huarochirí, arrastrado hasta el patíbulo de la plaza de Lima, á la cola de una mula de albarda; de José Manuel Ubalde y de José Gabriel Aguilar, que rindieron la vida en los albores de una conspiración; de Francisco Antonio de Zela, el héroe tacneño, conducido entre cadenas al presidio de Chagres; de José y Vicente Angulo, víctimas de la dureza despótica del virey don José de Abascal; de Mateo Pumacahua, cacique indio y brigadier español, que rescató con su muerte de patriota su conducta cuando la rebelión de Túpac Amaru; del más joven é infortunado de todos, de Mariano Melgar, que cayó en Umachiri con el nombre de su amada en los labios.....

La victoria sonrió á nuestros compatriotas, compensándoles largos años de peligros, sacrificios y dolores con la íntima satisfacción de comprender que, sin ellos, la noche de la opresión y de la venganza hubiera continuado extendiendo sus negras alas sobre la libertad y el porvenir de América.

I

Proclamada, en 1821, la Independencia del Perú por don José de San Martín, el Gobierno Protectoral pudo acceder á que un cuerpo de tropas pasase del nuevo Estado al territorio de la Capitanía general de Quito, para tomar parte en la campaña emprendida por don Antonio José de Sucre, según instrucciones del Libertador de Colombia don Simón Bolívar.

Formuló el pedido Sucre en nota á San Martín, fechada en Guayaquil el 13 de marzo, antes de que el ejército expedicionario, desembarcado en Pisco y trasladado á Huaura, hubiera entrado en Lima. Leénse líneas como estas:

> «Si la aptitud militar de V. E. le permite desprenderse de un cuerpo, por ahora, aún cuando él no sea numeroso ni suficientemente disciplinado, será de mucho provecho á nuestros planes, y su situación le brinda los medios de rendirnos los más importantes servicios».

La Junta gubernativa que funcionaba en el referido puerto bajo la presidencia de don José Joaquín de Olmedo, exponía, por su parte, á San Martín el 19 de agosto:

> Si V. E. no acelera los refuerzos que con tanta instancia le hemos pedido, se pierde la provincia (2).

Vencido Sucre en Ambato (3), la misma Junta, el 17 de setiembre, acudía de nuevo al ya Protector del Perú, en los siguientes desolados términos:

> Hemos perdido los primeros elementos de nuestra defensa, tropa y armas. Nuestra vista se dirige naturalmente á V. E. Es indispensable que V. E. se digne hacer los últimos esfuerzos..... por esta afligida provincia (4).

El mando de la división auxiliadora, fuerte de 1500 plazas (5), se confió al coronel don Andrés Santa Cruz, natural de la futura Bolivia, que había servido en las filas realistas y que, como muchos otros americanos, quedó incorporado entre los defensores de la autonomía del continente, en la primera oportunidad: su residencia en Trujillo, á raíz de la derrota que al brigadier español don Diego O'Relly (6), cuya caballería estaba á su cargo, infligió en Pasco el distinguido teniente de San Martín don Juan Antonio Alvarez de Arenales (7).

Santa Cruz atravesó la frontera por el río Macará, libertó á Loja y, unido en Saraguro á Sucre, á quien correspondió ser general en jefe, entró en Cuenca.

Los españoles reconocían como principal autoridad, por muerte de don Juan Cruz Mourgeon, á don Melchor Aimerich, y contaban con un ejército de más de 3000 hombres (8),

superior en número, aspecto y disciplina al perú-colombiano, pero no en valor y constancia. Los soldados de Sucre eran veteranos de los llanos de Venezuela y de las vegas de Nueva Granada. Los de Santa Cruz, recién salidos, la mayoría, de sus hogares y adiestrados con rapidez en los ejercicios de la milicia, habían demostrado, en largas y fatigosas marchas, todo de lo que serían capaces.

A consecuencia del favorable combate de Ríobamba (9), los independientes avanzaron sobre Quito y ocuparon las posiciones dejadas por el enemigo, el que juzgó estratégico retroceder á las cercanías de la capital y, situado en Machache, defender el paso de Jalupana.

Después de diversas maniobras, reveladoras de la competencia técnica y de la unidad de miras de Sucre y de Santa Cruz, y de haber rehusado los españoles la batalla que se les presentó en Turubamba, el interés de ambos ejércitos se contrajo á dominar á Quito desde el Pichincha.

De noche y batida por la tempestad, una parte de la división de Santa Cruz que, con el batallón Magdalena, constituía la vanguardia, lo cual manifiesta que Sucre la consideraba tropa selecta, cruzó el egido de Iñaquito, donde pereció el virrey de Carlos V Blasco Núñez Vela, y aventurándose por veredas pendientes y escarpadas, logró coronar, en la siguiente mañana, los flancos del volcán. Ahí, junto á los ígneos elementos elaborados por la naturaleza, á 4600 piés sobre el nivel del mar, delante de

40,000 espectadores, iban á chocar, con terrible estrépito, republicanos y realistas.

La subida de los segundos tropezó con el obstáculo del batallón número 2 del Perú que, á órdenes de su comandante don Félix Olazabal (10), abrió un nutrido fuego. Cejando el batallón, la acción estaba perdida. El grueso del ejército de Sucre, que siguió á Santa Cruz, no había formado en línea de combate: predominaba en sus filas la confusión inevitable de una marcha acelerada y de una ascensión muy difícil. Como los independientes en Ayacucho, los realistas, rompiendo enérgicamente la primera barrera, arrollarían con seguridad masas de infantería no desplegadas según las exigencias tácticas.

Los peruanos se mantenían firmes. Los reiterados, ardorosos ataques dirigidos á su frente y á sus flancos, durante más de media hora, por el grueso del ejército enemigo, fueron rechazados, á bala y á la bayoneta, sin vacilar.

Los batallones Piura y Yaguachi reforzaron al número 2. Llegó el batallón Paya. Frustrado un ataque contra la retaguardia de Sucre y distribuídas municiones de reserva, sacadas del parque de que se dispuso en el instante preciso, todo debido á la previsión de los jefes, los independientes, con un impulso general, sostenido por el batallón Magdalena, que intervino en la lucha de refresco, y encabezados por el coronel don José María Córdova, derrotaron á Aimerich (11).

La caballería, que tanta admiración despertó en Ríobamba al cargar sobre los escuadro-

nes españoles de don Carlos Tolrá, y que no pudo combatir por las condiciones del terreno, impidió, en la llanura, la reorganización de los vencidos y su marcha á Pasto.

El tiempo de la acción, terminada al medio día, alcanzó á tres horas.

Entre los episodios de valor personal, descuella el del joven teniente ecuatoriano don Abdón Calderón. Cuatro veces herido, se opuso á que le retiraran del campo, y animaba á los soldados de su compañía. «Murió, lleno de dolores, al amanecer del día 25» (12).

Relata el parte de Santa Cruz:

> No es fácil calcular la pérdida del enemigo, porque el bosque oculta su número, que probablemente excede á 500. La nuestra llega á 300, incluyéndose 91 muertos que ha perdido la división del Perú con el capitán don José Durán de Castro y el alférez don Domingo Mendoza, y 67 heridos, comprendiéndose al capitán don Juan E. Alzuru (13).

Continúa el parte:

> Después de la victoria, descendió el ejército á la capital, habiendo intimado su entrega el señor general Sucre al jefe que la mandaba y que, aunque la sostenía con alguna artillería é infantería, que no pudieron retirarse, cortados por nuestra caballería, se sometió á la entrega por una capitulación. Esta fué preparada por mí en la noche del 24, y siendo acompañado el 25 por el señor coronel don Antonio Morales, jefe de Estado Mayor de la división de Colom-

> bia, quedó terminada á las 12 del día, en que entró el Ejército unido á la ciudad y ocupó el fuerte del Panecillo, donde se rindieron cerca de 700 infantes que, con los prisioneros del campo de batalla, pasan de 1000 de tropa, con 180 oficiales, incluso los jefes principales, entre ellos el general Aimerich, 14 piezas de batalla y muchas cajas de guerra. Nada se ha salvado de la infantería. Y es de creer que su caballería, si no cáe en nuestras manos, se disperse toda.

Torrente recuerda, en frase melancólica, que, al sepultarse el dominio del rey en el territorio de Quito, se cumplían 280 años cabales de que el pabellón de Castilla tremoló en él por primera vez (14).

El Libertador, desbordando de gratitud hácia los peruanos, promulgó, el 18 de junio, llegado que hubo á Quito, un decreto por el cual otorgaba excepcionales honores á Santa Cruz y á sus soldados. El art. 5º dice á la letra:

> El Gobierno de Colombia se reconoce deudor de una gran parte de la victoria á la división del Perú.

Los habitantes del país en que se libró la batalla de Pichincha debían detener los ojos en el decreto de Bolívar, siempre que un sentimiento de patriotismo mal entendido, ó las intrigas internacionales, hagan fermentar en ellos hácia nosotros el más inverosímil de los rencores.

«La nada, ha escrito su mejor historiador (15), si tuviera imájen, sería el símbolo propio y adecuado para representar la ingratitud.»

II

Retirado noblemente de Lima San Martín, para llegar al ocaso de sus días en la playa de Boulogne (17), y desaparecidos del escenario político don José de la Riva Agüero (18) y el marqués de Torretagle (19), Bolívar recibió del Congreso del Perú el poder dictatorial (20).

El sufrimiento de los pueblos, la carencia de recursos pecuniarios, la paralización del comercio, la división de la familia y de la sociedad, tocaban su postrer límite. La lucha con los españoles no podía prolongarse más. Urgía resolver el problema separatista.

El ejército libertador, en la punta de cuyas bayonetas, nunca triunfantes todavía en el actual territorio de nuestro país, lucía la única esperanza de los patriotas, se reconcentró en las provincias setentrionales, trasmontó la cordillera y se internó en la zona ocupada por los realistas, que era el valle de Jauja.

Constaba de 7000 hombres, 4000 colombianos y 3000 peruanos, y lo mandaba Bolívar. El enemigo formaba 9000 hombres bajo la autoridad del teniente general don José de Canterac (21).

La energía de Bolívar, el espíritu organizador de Sucre y de La Mar y la decisión de los pueblos por la Independencia, habían obrado prodigios. La joven República disponía de un conjunto de soldados notable por su número, por sus jefes y por sus elementos materiales de todo género (22).

No podía ser más atinado el plan que se seguía. En vez de ocupar á Lima y de dirigir expediciones por la Costa, se atacaba á los españoles en el centro de su poder y de su fuerza, en la Sierra, aprovechándose de la marcha hácia el Alto Perú de la división del mariscal de campo don Gerómino Valdez, desprendida de la de Canterac para debelar la sublevación de Olañeta (23). El jefe peninsular cometió el error de no hostilizar á su enemigo en los desfiladeros de los Andes, como no hostilizó Atahualpa á Pizarro y sus compañeros cuando, penosamente, cruzaban las desconocidas regiones que separaban Piura de Cajamarca. La nueva empresa se asemejaba á la de Arenales, recorriendo, por el interior, desde Ica hasta Huaura; y no á las campañas de Intermedios de Tristán y Alvarado.

Las maniobras de ambos ejércitos los aproximaron el uno al otro en las inmediaciones de Pasco. En la pampa del Sacramento, Bolívar pasó revista al suyo y le dirigió la palabra, en el tono usado por Napoleón en Italia y en Egipto:

> Soldados: vais á completar la obra más grande que el cielo ha encargado á los hombres, la de salvar un mundo entero de la esclavitud. Los enemigos que debeis destruir se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las nuestras que han brillado en mil combates. El Perú y la América toda aguarda de vosotros la paz, hija de la victoria, y aún la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nue-

vo Mundo es la esperanza del Universo. ¿La burlareis? No! No! No! Vosotros sois invencibles!!

«La romántica belleza de un lugar tan elevado sobre el nivel del mar, circuído de altas cordilleras y cerca del lago de Reyes, realzaba la solemnidad del espectáculo y la alegría del ejército» (24).

El 5 de agosto de 1824, Bolívar, precipitado é irreflexivo (25), pues su caballería no podía desplegar bien en el estrecho llano de Junín, presentó en batalla sus fuerzas de esta arma, ascendentes á 900 plazas. El grueso del ejército se hallaba lejos, á una legua de distancia, de modo que un desastre de la vanguardia no tendría remedio y no se sabía las consecuencias que habría de ocasionar.

Canterac, que abarcó la situación en el acto, no paralizó la marcha de su infantería, salida de Carhuamayo para Tarma, seguro de que sus 1.200 hombres de caballería, europeos en su totalidad y orgullosos de su disciplina y de sus cabalgaduras, desharían fácilmente la de los independientes, colocada, además, en posición muy desventajosa.

Impartió, á las dos de la tarde, la orden de cargar. El movimiento fué brillante. «Los españoles, según don José Hipólito Herrera, dieron sobre el enemigo con tal maestría y vigor que, destrozando su centro y rebasando la línea, contuvieron su ímpetu á retaguardia» (26).

La confusión de los colombianos, no obstante la furia con que blandían sus enormes lanzas, se pronunció en el sentido de la derrota. «Don Mariano Necochea—continúa Herrera—llevado de su impetuosidad y olvidando los deberes de su alto puesto, se batía como un león en el ala derecha, que había tomado á su cargo. Fueron vanas sus increíbles hazañas. La dispersión se hizo general.»

Parecía que el espectro de Boves, acostumbrado, con sus ginetes, á vencer á los patriotas en las riberas del Atlántico, se hubiera levandado de entre los sangrientos despojos de Urica.

¿Dónde se hallaba Bolívar? Su experiencia le reveló que la jornada estaba perdida. Deseoso, ó de impedir que la fuga de la caballería se comunicase á la infantería, ó de mantenerse á la cabeza de ésta para el caso de que Canterac, bajo la sugestión de la victoria, le atacase en seguida, abandonó rápidamente el campo (27).

Entonces sucedió algo inesperado por completo.

Un escuadrón peruano, compuesto en su mayor parte de hijos de Trujillo, Chiclayo y Lambayeque, cuyo comandante era el argentino don Manuel Isidoro Suárez, había sido colocado por el Libertador, en calidad de reserva, detrás de un terreno pantanoso. Como no intervino en la acción, conservaba su línea. El comandante, con arreglo á su propia afirmación, recojida de labios contemporáneos, no cargó al divisar la retaguardia de la caballería realista que perseguía á los vencidos, porque su tropa era nueva y no la conocía. Suárez vaci-

laba. Animó, de repente, á sus soldados y se lanzó en la refriega (28).

Los peruanos, relegados á segundo término, adquirieron, estremecidos de amor patrio, la consistencia de una masa de bronce (29).

A ellos, que podían haber huído, desde que lo hacían también los veteranos tostados por el sol de diversos climas y por el fuego de multitud de batallas, á ellos les correspondía destruir á los soberbios ginetes de Canterac en el momento más crítico para la Independencia.

Don Miguel Cortés, de Piura, oficial de una compañía, grita: «¿No hay un español que se mida con un peruano?» «Se le encaró un vigoroso soldado, aceptando el reto. Cortés se arrojó inmediatamente sobre él, y es quien primero acomete, asestándole una recia lanzada que logró evitar con suma destreza; y sin dejar á Cortés el tiempo de retirar su arma al ristre, envióle la suya con tan desgraciado acierto que el bravo joven cayó muerto del caballo» (30).

Compacto, resuelto, el escuadrón de Suárez acosaba á los diseminados españoles. Poco á poco los colombianos reaccionaron. Durante tres cuartos de hora de agonía y de heroísmo sonó sobre la nieve de la puna la sola y unísona vibración de la lanza, del sable y del clarín.

Canterac cedió el triunfo á los independientes (31).

El resultado de la jornada — anota el parte del coronel don Tomás de Héres, secretario general del Libertador — ha sido, para el enemigo,

de 235 muertos, entre ellos, 10 jefes y oficiales, más de 80 prisioneros, muchos heridos y una infinidad de dispersos. Se han tomado más de 300 caballos aperados y el campo de batalla está cubierto de toda clase de despojos. Por nuestra parte hemos tenido, fuera de jefes, 60 hombres muertos y heridos. Entre los primeros, el capitán Urbina, de granaderos á caballo de Colombia, y el teniente Cortés, del primer regimiento de caballería del Perú. Entre los segundos, el bizarro general Necochea con siete heridas, aunque ninguna de cuidado, el coronel Carbajal, de granaderos á caballo de Colombia, el comandante Sowersby, del segundo escuadrón del primer regimiento del Perú, el sargento mayor Felipe Morón y el capitán Peraza, ambos de la caballería de Colombia; el primero y los dos últimos levemente heridos, el segundo de alguna gravedad. Entre la tropa hay pocos de riesgo (32).

Diez días después, Bolívar, que en el mismo sitio de la batalla puso á los verdaderos vencedores el nombre de «Húsares de Junín», decía en una proclama:

Peruanos! La campaña que debe completar vuestra libertad, ha comenzado bajo los auspicios más favorables. El ejército del general Canterac ha recibido un golpe mortal.

Tenía razón el célebre caudillo. Las huestes del hijo de Carlos IV continuaban su marcha, abatidas, desmoralizadas, en medio del asombro de los pueblos. Iban, empujadas por el destino, en dirección á Ayacucho.

III

Las sabias maniobras de Sucre, (33) á quien Bolívar había cedido, en Chalhuanca, el mando del ejército libertador, inspiradas muchas veces por su jefe de Estado Mayor, general don Agustín Gamarra, llevaron á sus soldados, con posterioridad al para ellos desgraciado combate de Corpahuaico, á la vasta llanura de Tambo Cangallo. Los españoles, rehuyendo el choque, ascendieron las alturas de Pacaycasa, maniobraron por la quebrada de Huamanguilla y se desplegaron junto á la ciudad de Huamanga, en la posición de Condorcunca, donde reconcentraron su fuerza.

Constaba ésta de 9.310 plazas (34) y estaba formada por los restos de la división de Canterac, derrotada en Junín y considerablemente disminuída en su retirada hasta el Apurímac, por la fuerte división con que Valdez había regresado del Alto Perú y por la tropa acantonada en los departamentos del sur; es decir, por todos las defensores de la dominación extranjera en nuestro país. Su general en jefe era el virey don José de la Serna.

Los independientes acamparon al pie de la cadena de cerros.

Así encontró á unos y otros el amanecer del 9 de diciembre del citado año 1824.

Aproximábase la hora suprema. El entusiasmo iluminaba las inteligencias; el coraje fortalecía los brazos; la emoción embargaba los corazones. Ambos contendores jugaban su úl-

tima carta. ¿Qué nuevo ejército podía presentar La Serna si perdía el que tenía á sus órdenes, separado de la metrópoli por una distancia inmensa y abrumado bajo la seguridad de que el tesoro de su país se hallaba exhausto? ¿De dónde sacaba Bolívar otro ejército, si el general de treinta años, ceñido con los laureles de Pichincha, no conducía á la victoria al que había brotado como una flor de genio y de patriotismo de un suelo calcinado por la guerra?

La línea de Sucre se fué extendiendo en ángulo. Trae su parte las palabras siguientes:

> La derecha quedó compuesta de los batallones Bogotá, Voltígeros, Pichincha y Caracas, al mando del señor general Córdova; la izquierda, de los batallones 1º, 2º y 3º del Perú y Legión Peruana, bajo el señor general La Mar; el centro, de los granaderos y húsares de Colombia con el señor general Miller; y la reserva, de los batallones Rifles, Vencedor y Vargas, al mando del señor general Lara (35).

He aquí, con arreglo al mismo parte, las posiciones militares de los beligerantes:

> Los españoles, dominando perfectamente la reducida llanura de Ayacucho, con fuerza doble, creían cierta la victoria. La posición, aunque dominada, tenía seguros los flancos por unos barrancos, y por su frente no podía obrar la caballería enemiga de manera uniforme y completa.

La Mar y Gamarra aconsejaron, con insistencia, á Sucre que allí se empeñara la batalla.

Una escena caballeresca la precedió. Oigamos al veterano de la Independencia don Manuel Antonio López: «El general Monet, personaje fornido, bizarro, de barba acanalada, bajó á la línea patriota, llamó á Córdova y le manifestó que, habiendo en el campo español varios jefes y oficiales que tenían hermanos, parientes y amigos en el republicano, deseaban saber si podrían verse antes. El general Córdova le contestó que, en su concepto, no había inconveniente para ello y que sin duda el general en jefe lo consentiría; y habiéndoselo comunicado al general Sucre, éste dió al punto el permiso para que pasasen á la línea cuantos quisiesen hablar á sus amigos, é hízolo así con suma complacencia, pues la humanidad y la cortesanía lo encontraban en su terreno. Fuímos más de cincuenta, especialmente peruanos. Dejamos las espadas en nuestra línea, y nos reunimos en el campo neutro que lo separaba de la española: allí estaban Monet y unos cuarenta jefes y oficiales; dicho general y Córdova, los dos generales de la línea ese día, se pusieron á conversar á solas algo apartados á nuestra izquierda; nosotros, de uno y de otro campo, después que saludaron respetuosamente al general Monet el mayor Cuervo y demás numantinos (36) y peruanos que le conocían, avanzamos á buscarnos y dar suelta á la cordialidad juvenil..... (37)».

Concluída la entrevista, entre abrazos y lágrimas de los que, en pocos minutos más, se destrozarían mútuamente en aras de las ideas de libertad ó de fidelidad al rey, Sucre recorrió

á caballo, con lentitud, sus batallones, comenzando por la derecha, y deteniéndose delante de cada uno, les dirigió una breve arenga, en términos oportunos y cultos (38). Evocaba las pasadas glorias: Vargas y Boyacá, Carabobo y Junín. Enardecía el odio á la tiranía, cuyo trono secular comenzaba á conmoverse en América.

Ardientes y prolongados vivas á Colombia, al Perú y al Libertador le contestaron, sobre todo cuando, colocado en el centro de la línea, imprimiendo á su voz más fuerza y solemnidad y fija la punta de su espada en la tropa peninsular, que comenzaba á bajar á la llanura, exclamó:

> Soldados! De hoy pende la suerte de la América del Sur. Otro día de gloria va á coronar vuestra admirable constancia!

Los disparos de la izquierda, patriota formada por peruanos, se cruzaron, más ó menos á las diez y media de la mañana, con los de la derecha realista mandada por el mariscal de campo don Jerónimo Valdez, sin disputa el primer general español, á quien obedecían los batallones escogidos Cantabria, Centro, Castro, Imperial Alejandro, dos escuadrones de húsares y una batería de seis piezas.

El plan de La Serna atribuía una importancia capital al enunciado movimiento. Valdez, al frente de tropas más sólidas y numerosas que las de La Mar, destruiría una parte del ejército de Sucre, con el ímpetu arrollador con que había destruído siempre las líneas de soldados

americanos, y por medio de una conversión de flanco, apoyada por el centro y por la izquierda, reduciría á la nada á los independientes, tomados entre dos fuegos (39). El buen éxito era seguro para «el terrible asturiano», gráfico dictado que da al vencedor de Torata y de Moquegua un escritor nacional (40).

Al rededor de la resistencia de La Mar, giraba para Sucre, que comprendió el plan enemigo, el problema de la batalla. En su mente de gran capitán, surgiría, en el momento preciso, la manera de aprovechar de sus dos alas restantes y de la reserva, apenas compuesta por los batallones que la sorpresa de Corpahuaico había diezmado. Los peruanos no decidirían la acción, como en Junín, atacando, sino, como en Pichincha, oponiendo una barrera infranqueable á los realistas. ¿La opondrían?

Favorecido por accidentes del terreno, La Mar situó, personalmente y con esmero, sus fuerzas. Carecía de artillería, porque el ejército libertador tenía una sola pieza, que lanzaba sus débiles proyectiles desde el lugar en que hoy se eleva la pirámide del triunfo.

La agresión de Valdez fué ordenada, incesante y abrumadora. Intentó pasar los barrancos que lo separaban de los patriotas, y se replegó rechazado, pero firme en el deseo de volver al ataque. En un nuevo esfuerzo, alentó, con acento conmovido, á sus soldados, los abrió en ala, abarcando una zona mayor, y obtuvo el resultado de que sus compañías de cazadores chocasen las bayonetas con las bayonetas contrarias.

En el combate cuerpo á cuerpo, nuestros batallones, después de sostenerse largo tiempo, cedieron algún terreno, oprimidos por el número superior de atacantes; y Sucre envió á La Mar, sucesivamente, los batallones Vargas y Vencedor, que también siguieron el movimiento retrógrado. Ni un soldado, del Perú ó de Colombia, se separó de las filas, sin embargo. Luchaban, en evidente desproporción, retirándose hácia el centro patriota, llenos de marcialidad. Caían, como mies segada por el brazo del destino, heridos ó muertos, pero no prófugos ó rendidos. Ayacucho vió cumplir á los combatientes con su austero deber, sin la más leve excepción.

Entonces La Mar, que á todo atendía con el ojo vigilante y experto de un antíguo defensor de Zaragoza (41), pidió caballería, y se presentaron nuestros Húsares de Junín, teniendo al frente el primer grupo que atacó al comandante argentino don José Olavarría (42). También acudieron el brioso corcel y la tajante espada de Miller. Una carga implacable, unida al metódico fuego de la Legión Peruana (43), que obedecía á otro argentino, el coronel don José María Plaza, obligó á Valdez á regresar, humillado, al Condorcunca.

La Mar inició la persecución, salvando, sin perder un instante, barrancos y breñas.

¿Qué sucedía, mientras tanto, en el resto de la línea patriota?

Sucre había ordenado á don José María Córdova que, con la derecha y apoyado por el centro, avanzase sobre las masas de infantería

y caballería españolas, no formadas todavía á causa de su movimiento de descenso.

El casi adolescente general, nacido en las vegas de Antióquia y circundado por la aureola del heroísmo, abandonó su caballo y electrizó á sus soldados con esa voz de mando desconocida en la milicia: «¡Armas á discreción! ¡Paso de vencedores! Adelante!»

Todo plegó ante él. Más que los disparos, la punta de las bayonetas de los batallones colombianos y la punta de las lanzas de los escuadrones de los coroneles don Lúcas Carvajal y don Laurencio Silva, el mulato de la esclavina roja, deshicieron, no obstante los extraordinarios esfuerzos de los jefes enemigos, en una ceñida y rápida contienda, que terminó una hora después de haber pasado el sol el meridiano, á los batallones Burgos, Infante, Victoria, Gerona, Fernando VII, y á los escuadrones Guías, Dragones de la Unión, Dragones de San Carlos, Granaderos de la Guardia y Alabarderos, cuerpo este último fundado, en 1557, por don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y cuarto virey del Perú.

Córdova y La Mar, los dos tentáculos de hierro que trituraban en ese momento el cetro español, convergieron, con precisión matemática, á la cumbre del Condorcunca, iluminada por una de las victorias más puras y más definitivas de la historia (44).

Entregáronse prisioneros en poder de los independientes el virey, Canterac, los mariscales de campo Valdez, Carratalá, Monet y Villalobos, los brigadieres Bedoya, Ferraz, García

Camba, Somocurcio, Cacho, Landázuri, Vigil, y Tur, con 16 coroneles, 78 tenientes coroneles, 464 mayores y oficiales, más de 2000 soldados, inmensa cantidad de fusiles y cajas de guerra, municiones y elementos bélicos de toda clase (45).

Los datos oficiales arrojan, para los realistas, 1800 muertos y 700 heridos, y para los independientes, 609 heridos y 370 muertos (46).

La capitulación otorgada por Sucre, en el campo de batalla, á los vencidos, enaltecerá perpétuamente su ilustre nombre (47).

Bolívar, junto con los documentos triunfales, recibió en Lima un pliego así concebido:

Huamanga, 12 de diciembre de 1824.

Excmo. Señor:

Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos que felicitar á V. E. por haber terminado su empresa en el Perú con la jornada de Ayacucho. Con este motivo, tiene el honor de ofrecerse á sus órdenes y saludarle á nombre de los generales españoles, este su afectísimo y obsecuente servidor

José de Canterac.

Hé aquí la respuesta:

Señor general:

He recibido la favorecida carta de Ud. con infinita satisfacción.

Ud. me cumplimenta por los sucesos de nuestras armas. A la verdad, este rasgo es generoso y digno, por lo mismo, de gratitud. Yo no

puedo hacer á Ud. la misma agradable congratulación; pero puedo decir que la conducta de Uds. en el Perú, como militares, merece el aplauso de los mismos contrarios. Es una especie de prodigio lo que Uds. han hecho en este país. Uds. solos han retardado la emancipación del Nuevo Mundo, dictada por la naturaleza y por los destinos. En fin, querido general, Uds. deben consolarse con la idea de que han cumplido gallardamente su deber y de que han terminado su carrera por una capitulación gloriosa en el Perú.

Suplico á Ud. se sirva ofrecer mis respetos al señor general La Serna, cuyas heridas, aunque dolorosas, le cubren de honor; al general Valdéz y demás generales españoles, hágales Ud. de mi parte la oferta de mis servicios y de mi consideración. Mando los pasaportes que se me han pedido, en los términos correspondientes.

Soy de Ud. obsecuente servidor

Bolívar. (48)

Nuestra campaña final por la Independencia fué grande y hermosa, á pesar de las inevitables sombras de las cosas de la vida, por los hombres que en ella actúan, por la manera como la ejecutaron y por los resultados que se obtuvieron.

La libertad todo lo vivifica y embellece.

NOTAS

1

M. S. de la Biblioteca Nacional. (*)

2

M. S. id.

3

«La infantería republicana, despues de haber resistido cuanto pudo, se rindió al empuje de los ginetes españoles, y el ejército quedó desecho». *Resumen de la historia del Ecuador*, por Pedro Fermín Cevallos, Lima 1870, t. III, p. 369.

«¡Qué vana es la esperanza y qué inconstante la victoria!..... Todo se presentaba con un risueño aspecto....., pero la fortuna me lisonjeaba para darme el golpe más mortal y terrible.....» Carta de Sucre á Bolívar (Samborondón, 4 de julio de 1821). *Colección O'Leary*. (**)

(*) Nuestra Biblioteca Nacional, fundada por San Martín [decreto del Gobierno Protectoral de 28 de agosto de 1821] y destruída, en 1880, por el ejército invasor de la República de Chile, ha sido reorganizada por su director el eminente literato D. Ricardo Palma. En la sección de manuscritos figuran casi todos los que citamos.

(**) El general D. Daniel Florencio O'Leary, irlandés al servicio de Colombia, ha insertado su rica colección de documentos relativos al Libertador, en los 25 tomos de sus Memorias, que se publicaron en Caracas, en 1879, bajo los auspicios del Presidente de Venezuela general D. Antonio Guzmán Blanco. Estaban listos para la imprenta desde 1840.

4

Colección Paz Soldán. (*)

La historia desaprobará siempre la conducta de los hombres de Estado de Bogotá que, á la vez que acordaban implorar el auxilio del Perú, ponían en juego toda clase de medios, sin excluír los de la violencia, para impedir que Guayaquil, expresando libremente su voluntad, se incorporase á nuestro país.

Un acto despótico del Libertador agregó Guayaquil á Colombia en 1822.

«Los miembros de la Junta gubernativa, señores Olmedo, Roca y Jimena, más que disgustados, ofendidos....., declararon terminadas sus funciones, y poco despues se fueron para el Perú, á pesar de las repetidas instancias con que Bolívar trató de detenerlos». Cevallos, *Obra cit.* t. III, p. 404.

5

Paz-Soldán, *Historia del Perú Independiente*, Lima 1868, 1er. período, p. 250, señala 1622 plazas. Preferimos la cifra que Arenales, como Comandante general en el Norte del Perú, comunica á Sucre en nota de 3 de enero de 1822. *M. S. de la Biblioteca Nacional.*

La fuerza total de que Arenales disponía y de la cual desprendió la división Santa Cruz, se halla detallada en los siguientes párrafos de una nota, posterior á la aludida, que dirigió al Ministro de

(*) El laborioso historiador nacional D. Mariano Felipe Paz Soldan, formó la más vasta y ordenada colección de documentos que ha existido en el Perú en poder de un particular. En su *Historia del Perú Independiente* y en la *Revista Peruana*, que él editó, se hallan los datos para conocer el catálogo de la colección, la cual fué adquirida por el Estado.

Guerra de San Martín: «El batallón de Trujillo, denominado ya hoy núm. 2 del ejército, salió desde aquí, á principios de diciembre, con 582 plazas. El nuevo de Piura tenía 423, el primer escuadrón de cazadores á caballo, también de Piura, 182, y el segundo de la misma clase, 113. A la expedición de Maynas, que salió desde Chachapoyas, entraron 200 hombres, inclusos 50 que últimamente se habían recién instruído para dicha entrada, y ahora vienen marchando á incorporarse á la división de Piura, 100, quedando sólo en Maynas otros tantos, que con los 123 granaderos á caballo que fueron también á Piura, hacen el total de 2046». *M. S. de la Colección del Instituto Histórico del Perú.* (*)

6

Como muestra de la delicada humanidad de San Martín con los prisioneros de guerra que combatían en las mismas filas de Morillo y Boves, Carratalá y Rodil, reproducimos la siguiente carta que dirigió, de su cuartel general de Huaura, á uno de los opulentos hacendados patriotas de Chancay:

«23 de diciembre de 1820 — Señor D. Pedro Sayán. — Muy señor mío: Pasa á permanecer en esa el brigadier O'Relly, hasta nueva órden; y deseo que Ud. le trate con toda la finura y consideración que son compatibles con su seguridad. Es de Ud. atento amigo y servidor — *José de San Martín*». — *Colección Paz-Soldán.*

(*) El general D. Ramón Castilla, en sus largos años de vida pública, formó una colección de documentos de subido valor, principalmente por ser, en su mayor parte, inéditos. A su muerte, la conservó y aumentó el general D. Manuel Beingolea, cuyos herederos acaban de venderla al Estado. El Ministerio de Instrucción ha dispuesto que sea entregada al Instituto Histórico, inaugurado, el 29 de julio último, por el Presidente de la República, Excmo. Sr. Dr. D. José Pardo.

7

La primera idea de San Martín fué que Arenales mandase la división, pero éste se negó, alegando el quebranto de su salud, probablemente para no servir á órdenes de Sucre, cuyos antecedentes militares eran inferiores á los suyos.

Sucre, con laudable desprendimiento, suponiendo el motivo de la resistencia de Arenales, dijo, el 25 de febrero de 1822, de su cuartel general de Cuenca, á San Martín: «Como me gusta más obedecer que mandar, me sería lisonjero, ahora y siempre, no sólo que viniese á dirigir la división, sino de servir yo mismo bajo tan acreditado general». *Colección Paz-Soldán.*

Insistió, sin embargo, Arenales en su negativa y propuso á Santa Cruz.

Años despues, Arenales y Sucre se encontraron en La Paz. El vencedor de Ayacucho hacía su entrada triunfal en la capital del nuevo Estado, que le iba á confiar sus destinos. D. José María Rey de Castro, en sus *Recuerdos del tiempo heróico*, Guayaquil 1883, describe, como testigo presencial, pues acompañaba á Sucre, de quien era secretario, la siguiente interesante escena: «Llegamos á las goteras de la ciudad, donde nos salió al encuentro un hermoso carro á la romana, pintado y adornado con los colores nacionales, rojo y blanco, tirado, no por fogosos y pareados caballos, sino por doce apuestos jóvenes de familias distinguidas. Uno de ellos invitó al general Sucre á que ocupase el carro que, decía, le había sido aparejado por la Victoria. Lo rehusó en los términos más modestos y comedidos, indicando, al propio tiempo, al general Arenales, á quien tenía á su derecha, como más digno de esa patriótica ovación. El general Arenales replicó que, en presencia del general Sucre, todas las glorias se eclipsaban, y se negó también á subir al carro. Duraba la insistencia, tra-

bándose una lucha de nobles sentimientos. El general Sucre, para ponerle término, propuso que las espadas de ambos fuesen conducidas en el carro, sustituyendo sus personas, y se desciñó la suya; hizo lo mismo el general Arenales, y cruzadas en la testera del carruaje, fueron conducidas, simbolizando á sus encumbrados dueños».

Arenales no desdeñaría entonces servir á órdenes del joven cumanés.

8

D. Mariano Torrente, *Historia de la revolución hispano-americana*, t. III, p. 337, afirma que los ejércitos contendientes ascendían á 2000 hombres cada uno.

La cifra es exacta en cuanto al de Sucre y no en cuanto al de Aimerich: basta fijarse en que éste último tuvo en la batalla de Pichincha, sólo prisioneros, según el mismo Torrente, 160 oficiales (180 dice el parte de Santa Cruz) y 1100 individuos de tropa, y en que, siempre siguiendo á Torrente, los españoles destacaron sobre Pasto, en los días que precedieron á la batalla, 200 hombres del batallón de Cataluña y 50 hombres de caballería.

Si un general, antes de la acción definitiva, se desprende de parte de sus fuerzas, es porque estima, á las que conserva, de mayor número que el enemigo.

9

Fragmento de un oficio de Sucre á Monteagudo, Ministro de Estado del Perú, fechado en Ríobamba el 23 de abril de 1822; «Queriendo provocar á los españoles á una batalla, mandé que el coronel Ibarra, con el escuadrón de granaderos y el de dragones, hiciera un reconocimiento de las fuerzas enemigas y comprometiera sus cuatro escuadrones; pero la infantería había ya desocupado la villa (Río

bamba), y la caballería protegió su retirada. A poca distancia de la población, el bravo escuadrón de granaderos, que se había adelantado, se halló solo, improvisamente, al frente de toda la caballería española, y tuvo la osadía de cargarlos y dispersarlos con una intrepidez de que habrán raros ejemplos. Los cuatro escuadrones españoles, protegidos de su infantería, pudieron volver caras contra nuestros granaderos, pero apoyados ya estos de los dragones, hicieron una segunda carga, más brillante, si puede decirse, que la primera, en que, al frente de toda la división enemiga, fué derrotada completamente su caballería». *M. S. de la Biblioteca Nacional.*

El comandante del escuadrón de granaderos describe así el difícil momento en que su fuerza se encontró aislada ante la totalidad de la caballería enemiga: «Una retirada hubiera ocasionado la pérdida del escuadrón y su deshonra, y era la oportunidad de probar en Colombia su coraje: mandé formar en batalla, poner sable en mano, y los cargamos con firmeza. El escuadrón, que formaba 96 hombres, parecía un pelotón respecto de los 400 hombres que tenían los enemigos: ellos esperaron hasta la distancia de quince pasos, poco más ó menos, cargando también, pero cuando oyeron la voz de degüello y vieron morir tres ó cuatro de sus más valientes, volvieron caras y huyeron en desórden. La superioridad de sus caballos los sacó por entonces del peligro, con pérdida solamente de 12 muertos, y fueron á reunirse al pié de sus masas de infantería. El escuadrón llegó hasta tiro y medio de fusil de ellos, y temiendo un ataque de las dos armas, le mandé hacer alto, formar y volver caras por pelotones..... El general Tolrá, puesto á la cabeza de sus tres escuadrones, los puso á la carga sobre el mío. El coraje brillaba en los semblantes de los bravos granaderos, y era preciso ser insensible á la gloria para no haber dado una segunda carga. En efecto: cuando los 400 godos habrían llegado á cien pasos de nosotros, los cargamos segunda vez.

En este nuevo encuentro se sostuvieron con alguna más fuerza que en el primero y no volvieron caras hasta que vieron morir á dos capitanes que los animaban. En fin, los godos huyeron de nuevo, arrojando al suelo sus lanzas y carabinas.....» *Colección Paz-Soldán.*

A nadie sorprenderá la valerosa conducta del comandante del escuadrón, ni su franco y militar lenguaje, sabiendo que es don Juan Lavalle que, en su país, la República Argentina, alcanzó la clase de general y como combatiente en las batallas de Ituzaingó, Navarro, Puente de Márquez, Palmar, Carpintería, Yerbal, Don Cristóbal, Sauce Grande, Tala, Quebracho y Famaiga, mereció la fama de un héroe legendario. Cortés, *Diccionario biográfico americano*, París, 1875, p. 273, cita estas palabras de San Martín: «Lo que Lavalle haga como valiente, muy raro será el que lo imite, y el que lo exceda, ninguno». En Buenos Aires se levanta una estatua á su memoria.

Bolívar insertó el siguiente artículo en un decreto concediendo honores á los vencedores de Pichincha: «El 1er. escuadrón de granaderos montados llevará el sobrenombre de *Granaderos de Ríobamba*, si el Gobierno del Perú se digna confirmarle este sobrenombre glorioso».

Nuestro ejército debe tener muy presente que la primera sangre que derramó por la patria corrió mezclada con sangre argentina, y que, por una gloriosa anticipación, fueron compatriotas de Roque Sáenz Peña los jefes que, cuando comenzábamos á salir de la vida colonial, le dieron la primera organización militar y le condujeron á las primeras victorias.

10

«General argentino de la época de la Independencia. Nació en Buenos Aires. Siendo oficial del batallón n.º 8 de infantería, contribuyó á la organiza-

ción del ejército de los Andes en Mendoza, hizo la campaña restauradora de Chile en 1817 y se halló en las batallas de Chacabuco y Maipú. Incorporado en la expedición libertadora del Perú en 1820, se encontró en la batalla de Pichincha. Militó igualmente en la campaña contra el Imperio del Brasil y se halló en la batalla de Ituzaingó el 20 de febrero de 1827. Murió en Buenos Aires.» Cortés, *Diccionario cit.*, p. 351.

II

«La división peruana contribuyó notablemente al triunfo obtenido en Pichincha. Por esto, el Libertador de Colombia y el Gobierno del Perú la llenaron de honores, concediendo una medalla á todos los que concurrieron á la batalla y nombrando general de brigada de Colombia al coronel Santa Cruz». Paz-Soldán, *Obra cit.*, p. 300.

«El coronel Olazábal, que mandaba el batallón Nº 2 del Perú, contuvo el ímpetu del ataque.....» *Historia de San Martín* por el teniente general don Bartolomé Mitre, Buenos Aires 1888, t. III, p. 580. Ese ataque, no rechazado por los peruanos, hubiera ocasionado la destrucción de las fuerzas colombianas, por la razón que aducimos en el texto. Es oportuno hacer constar que, históricamente, asistieron á la batalla de Pichincha un millar de colombianos y otro de peruanos y un centenar de argentinos, de los cuales 96 militaban en el escuadrón de granaderos y los demás estaban en la oficialidad de los cuerpos del Perú. La caballería no combatió. Los ecuatorianos, salvo las brillantes excepciones de algunos oficiales, nacidos en las patriotas ciudades de Quito y Guayaquil, y salvo unos pocos soldados, resultan comprendidos en la siguiente alusión de Sucre, en carta al mismo San Martín, fecha 19 de octubre de 1821, trascrita por Mitre: «Babahoyo no es susceptible de defensa. Aunque restablecida, en cierto modo, la moral, no se han aumentado los cuerpos sino tan miserablemente,

que una población de 70.000 habitantes, apenas ha dado 200 reclutas. La ley marcial publicada por el gobierno de la provincia ha dado por todo efecto la formación de algunas milicias, que no prestan otra esperanza que la de ver hombres que, al aspecto del enemigo, desertarán como siempre». *Colección Paz Soldán.* Carece, pues, de sentido la constante y vanidosa aserción de nuestros vecinos setentrionales de que ellos y no los soldados de Nueva Granada y de Venezuela, nos vencieron en Tarqui, donde, desde luego, es muy discutible que hubiera habido victoria.

«Si se hubiera ahorrado el tiempo, se habría podido llegar á la cresta del Pichincha antes que los rebeldes, en cuyo caso era indudable la victoria.... Cuando López determinó atacar aquella formidable posición, sólo dos ó tres compañías de la división de Sucre habían llegado á ocuparla, y las demás se hallaban todavía en marcha ..... Los soldados de López se arrojaron al enemigo como los más aguerridos del mundo.....» Torrente, *Obra citada*, t. III, p. 338. El testimonio español es, como se ve, que en manos de Olazábal estuvo el éxito de la jornada. Las dos ó tres compañías de que habla Torrente, reduciéndolas caprichosa é inconscientemente en cantidad, formaban el batallón N.º 2 del Perú.

«Los españoles, cuya vigilancia había sido burlada con aquella maniobra, determinaron atacar á los patriotas antes de que bajáran de la altura en que se hallaban ..... Era estrecho el terreno en que se combatía, lo que fué muy favorable á los independientes, porque dió tiempo á que arribáran, sucesivamente, sus cuerpos. Los cazadores de Paya y el batallón Trujillo, Nº 2 del Perú, empeñaron la acción y pelearon hasta agotar sus municiones....» *Historia de la revolución de Colombia* por José Manuel Restrepo, Besanzon 1858, t. III, p. 210. Para ser enteramente exacto éste historiador, como elemento de resistencia á los realistas, de esa resistencia que permitió á Sucre combatir y no verse

envuelto en una casi impune derrota, debía haber colocado, en primer lugar, el valor del batallón N.° 2 del Perú y en segundo la estrechez del terreno, circunstancia igual para uno y otro contendiente. Los cazadores del batallón Paya, que pelearon, y no todo el tiempo, junto con los peruanos, constituían un grupo insignificante.

Cevallos ignora, ó finge ignorar, cómo se desarrolló la acción, al punto de comenzar así á describirla: «El coronel Córdova, con dos compañías del Magdalena, la de cazadores de Paya y el batallón Trujillo, del Perú, esperaba á pié firme á los españoles.....» *Obra citada*, t. III, p. 85. Repetimos: los soldados compatriotas nuestros sostuvieron y dominaron el empuje inicial de los españoles; reforzados por los batallones de Colombia y á consecuencia de un avance general, que fué el que dirigió Córdova, la victoria se pronunció por los independientes. Ni ese refuerzo, ni ese avance hubieran tenido lugar, si Olazábal no contiene al enemigo el tiempo suficiente, hasta agotar sus municiones, según indican los partes: sobrevenía entonces, inmediata, inevitable, la confusión y la derrota de Sucre.

El parte de éste general, como el parte de Junín, pasado de orden de Bolívar y que comentaremos despues, se halla lejos de ser verídico. Pequeñeces lugareñas, indignas del carácter recto y puro del *Abel de Colombia!* Es cierto que Sucre aparecía uncido de tal modo al carro deslumbrador y personal de Bolívar, que sus ideas y sus sentimientos no eran, en las ocasiones espectables, sino un dócil reflejo de los del Libertador.

«A las 9 y media — dice el referido parte — dió la compañía de cazadores con toda la división española que marchaba por nuestra derecha á la posición que teníamos, y roto el fuego, se sostuvo mientras conservó municiones; pero en oportunidad llegó el batallón Trujillo, y se comprometió el combate; *muy inmediatamente* las dos compañías de Yaguachi reforzaron este batallón.....» Aquí queda encubierto el distinguido mérito de Olazábal y

de sus compañeros. El *muy inmediatamente* deja, con ridiculez, al puñado de cazadores de Paya frente á la totalidad del enemigo, mientras el batallón N.º 2 del Perú, apenas entra al fuego, es reforzado y relevado.....

Admitiendo las relaciones de Sucre y de Cevallos, fruto de idéntico criterio, no se sabría por qué el Libertador, en uno de sus raptos de gratitud y de justicia, declaró á Colombia «deudora de una gran parte de la victoria á la división del Perú.»

Tomamos, en mérito de lo expuesto, como base de nuestra descripción el parte de Santa Cruz, que concuerda, en esencia, con las versiones de Paz-Soldán, Mitre, Torrente y Restrepo, historiadores de cuatro nacionalidades distintas.

Ya cuando enviamos las presentes carillas á la imprenta, leemos, en una revista bonaerense, un interesante artículo del militar y escritor argentino don Juan M. Espora, intitulado *¡Qué le parecen los gauchos!* «Llegó el memorable día de Pichincha — narra uno de sus párrafos — y Sucre vencía á Aimerich con la ayuda de peruanos y argentinos. El batallón N.º 2 de infantería, formado por los primeros y mandado por Félix Olazábal, de Buenos Aires, puede decirse dió la victoria». Espora, que ama al Perú porque combatió por él en la guerra que nos declaró Chile en 1879, es uno de los muy pocos escritores americanos que, en éste punto, ha confesado, sin restricciones, la verdad. Agradecidos, estrechamos desde aquí su mano generosa.

12

El Washington del Sur por Benjamín Vicuña Mackenna, Santiago de Chile 1893, p. 175.

En la nota de que tomamos la frase del texto, se agrega: «Sucre, al celebrarse las honras del héroe, le ascendió á capitán. Y, finalmente, el Libertador, siempre grande y justiciero, puso sello de oro á los honores póstumos con estas disposiciones que

se encuentran en una órden del día expedida en junio de 1822: 1ª que á la 1ª compañía de Yaguachi (á ella había pertenecido Calderón) no se le pusiese otro capitán; 2ª que siempre pasára revista en ella como vivo y que en las revistas de comisario, cuando fuera llamado por su nombre el capitán Calderón, toda la compañía respondiera: «murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones»; y 3º que á su madre, matrona respetable y muy republicana de Guayaquil, se le pagára mensualmente el sueldo que hubiera disfrutado su hijo».

«Calderón — termina la nota — nació en Cuenca el 31 de julio de 1804, y fué su padre el benemérito coronel Francisco Calderón, el mismo que, por primera vez, en 1812, condujera en Verdeloma las armas de Quito á la victoria y que, á la postre, rindiera su vida fusilado por los realistas».

13

Documentos históricos del Perú, por el coronel Manuel de Odriozola, Lima 1873, t. V, p. 25.

14

Obra cit., t. III, p. 340.

15

Odriozola, *Obra cit.*, t. V, p. 35.

16

Cevallos, *Obra cit.*, t. III, p. 389.

17

En un artículo que bajo el título «San Martín y Castilla» publicamos en *El Ateneo*, Lima 1900, 2.ª época, t. III, p. 215, tuvimos la complacencia de probar que, cuando todos olvidaban á San Martín, expatriado, ciego y pobre, tan pobre que él mismo pensaba, con dolorosa resignación, «¡mi suerte es ir á morir á un hospital!» (*), el general Castilla, honrando á la Nación que gobernaba, dispuso que se acudiera al antiguo Protector, con la pensión que una ley del Perú le había concedido en los días en en que se despidió de Lima para siempre.

«Todas las liquidaciones de las oficinas de Hacienda hechas de la asignación á usted señalada en el tesoro—dijo Castilla á San Martín en carta de 13 de noviembre de 1848—han sido mandadas reconocer en el acto como deuda nacional, y si alguna hubiese pendiente, dispondré se haga lo mismo .....Desde que mando el país, ha recibido el apoderado de usted (**), cada mes, de manos del habilitado de la Inspección general, su haber, que no dudo habrá usted recibido.»

La correspondencia cambiada con este motivo pertenece á la colección Paz Soldán. Mitre conoció aquella, pero omitió precisar su alcance y sus efectos.

¡Jamás tuvo más digno empleo el oro del Perú!

18

En la futura *Historia del Perú*, que algún día ha de escribirse, la alta personalidad de Riva Agüero merecerá atención especial. Los historiadores colombianos y todos los aduladores de Bolívar, lo

---

(*) Mitre, Obra cit., t. III p. 793.

(**) D. José Vicente Oyague. Lo sé por el mayor de sus hijos, el activo y perseverante presidente de la Liga de Defensa Nacional.

execran; los historiadores argentinos y chilenos, casi no le conocen; nuestro Paz Soldán se ocupa de él en forma sintética; Pruvonena, sea quien fuese el escritor escondido trás este seudónimo, carece de rectitud é imparcialidad.

19

Los inmediatos descendientes del marqués de Torretagle conservan una crecida cantidad de papeles, inéditos y no compulsados, acerca de este infortunado mandatario. Tenemos la esperanza, en mérito de la relación de familia que á ellos nos une, de escribir, con esa documentación á la vista, un concienzudo artículo que aclarará muchos hechos y desvanecerá imputaciones calumniosas.

El vizconde de San Donás, uno de los limeños más ilustrados y activos de la época de la Independencia, hombre de Estado y de letras, es otra figura que hace tiempo nos atrae. En la obra, de carácter docente, que tenemos en prensa, *Fragmentos selectos de escritores peruanos*, hablamos de él, pero nuestro deseo va más allá: verificar un estudio completo de su personalidad, de su intervención en nuestra contienda con España, del proceso de traición que se le promovió y de su fusilamiento.

Existe en Lima, en poder de una amiga de la última descendiente de Berindoaga, fallecida también, la postrer carta original que el vizconde, ya condenado á muerte, dirigió á su esposa. Las protestas de inocencia que ahí formula son conmovedoras.

20

La doble ambición de la gloria y del mando devoraba á Bolívar. Aquella fué el secreto de sus hechos inmortales; ésta la causa de sus errores, falsías y contradicciones morales y políticas.

Hubo, por desgracia, ocasiones en que su ingénita tendencia al predominio, perturbó hasta la elevación de sus sentimientos.

Don Joaquín Mosquera, Ministro de Colombia en Lima y después Presidente de esa Nación, recibió de él una carta en que anunciándole su venida al Perú, le decía: "Es preciso trabajar porque no se establezca nada en el país, y el modo más seguro es dividirlos á todos. La medida adoptada por Sucre de nombrar á Torretagle, embarcando á Riva Agüero con los Diputados, y ofrecer á éste el apoyo de la división de Colombia para que disuelva el Congreso, es excelente. Es preciso que no exista ni simulacro de Gobierno y ésto se consigue multiplicando el número de mandatarios y poniéndolos á todos en oposición. A mi llegada, debe ser el Perú un campo rozado, para que yo pueda hacer en él lo que convenga". Odriozola, *obra cit.*, t. V, p. 113.

Duele convenir en que no parece que hablara el Libertador, sino Maquiavelo.

Tales extravíos de Bolívar se remontan aún á los orígenes de su actuación en los asuntos públicos de América. Mitre ha descrito con mano maestra su conducta con Miranda en La Guayra, en 1820. *Obra cit.*, t. III, pág. 330-4. El viejo caudillo de las revoluciones francesa y americana, abandonado y vencido, fué entregado por él al español Monteverde, quien, violando la capitulación de San Mateo, le hizo conducir á los calabozos de Puerto Cabello, "donde sufrió los más duros tratamientos, cargado de cadenas, insultado y atormentado por sus carceleros". «Murió solo y desnudo y en la más triste miseria en las mazmorras de las Cuatro Torres, en Cádiz, el 14 de julio de 1816, á la una y cinco minutos de la mañana, en vísperas del triunfo de la Independencia americana, que soñó en vida. Su cadáver envuelto por la inmunda ropa de cama en que espiró, fué sepultado en el fango de uno de los islotes de la barraca de la plaza gaditana, que la marea cubre todos los días". En cuanto á Bolívar, permanecía oculto en Caracas y solicitó, por intermedio de un amigo peninsular,

don Francisco Iturbe, "un salvo conducto para ausentarse del país, acogiéndose así á la capitulación violada, que había calificado de traición. Su protector lo presentó á Monteverde:—Aquí está D. Simón Bolívar por quien he ofrecido mi garantía. —Monteverde contestó: — Está bien. Y volviéndose á su secretario: — Se concede pasaporte al señor (mirando á Bolívar) en recompensa del servicio que ha prestado al rey con la prisión de Miranda. Era la marca de fuego puesta por la mano brutal del vencedor....." (*)

Y el fusilamiento de Piar? Dejaremos la palabra á un colombiano: "Durante la prosecución del sitio de Angostura, el general Piar se disgustó con el Jefe Supremo (**). Los motivos de este disgusto se adivinan fácilmente: no son materia de procesos ni de información de testigos. Bolívar, por su carácter arrebatado, impaciente y colérico, con la conciencia de su genio y su destino, no admitía á su lado ninguna superioridad que no se le rindiera; y era imposible que Piar, orgulloso como debía estar de sus triunfos, los únicos hasta entonces obtenidos, se resolviera á resignar sin murmuración su prestigio y sus glorias en el mando de Bolívar..... Yo sé bien que los curiales cuidaron de formar un proceso, aún con las declaraciones contestes de ocho testigos anónimos, que se llaman Sánchez, Fernández, Olivares, Peldaín., etc. Como si una causa de esta naturaleza pudiera justificarse ante la posteridad y la historia de otra manera que con la notoriedad del crímen, la indignidad y la vileza de su supuesto autor, que no pudiera de otro modo ser llamado al camino del deber, y la absoluta, la imprescindible necesidad del último suplicio. Desertor! ¡el vencedor de Juncal y de San Félix! ¡Conspirador sin conspiración, sedicioso sin sedición! ¡Conspirador contra la autoridad del Jefe Supremo, el que siendo gene-

(*) Todo lo que va entre comillas es de Mitre.
(**) Bolívar

ral en jefe del ejército, principia por renunciar y entregar el mando de su ejército! ¡Sedicioso, sin que en ninguna parte haya estallado esa sedición, porque debe saberse que nada hubo, ni un simple motín de cuartel, ni un tiro, ni una voz de alarma, ni un simple oficial, ni un sargento, ni un cabo ni un soldado que hubiera desertado con Piar! Dilapidador de los caudales de las Misiones! Y su servidumbre iba á pie, y todo lo que se encuentra en su persona y en su equipaje son ocho onzas de oro, ciento veintiocho pesos!» *Las batallas decisivas de la libertad* por Aníbal Galindo, París 1888, págs. 251 y 252.

El tomo XV de la obra de O'Leary contiene el proceso y la correspondencia oficial y privada y los diarios de operaciones de Piar. Su mera lectura es el más alto elogio del humilde y glorioso hijo de Curazao, humilde por su color y por su orígen, glorioso por su campaña de Guayana, á la que Galindo, *obra cit.*, pág. 248, dice "que estratégicamente hablando, se debe la independencia de Colombia". "Así lo reconocen — agrega —francamente el señor Restrepo en la página 360 del tomo II, y tímidamente el general O'Leary en la página 370 del tomo I de su *Narración*".

Los actos militares y el estilo epistolar de Piar, hacen recordar á Sucre.

Aunque es muy extraño, Bolívar jamás experimentó sincero afecto por los peruanos, ni siquiera después que los Húsares de Junín salvaron su ejército, su vida y su gloria. El ameno y erudito narrador de las cosas antíguas de Lima, don José Agustín de la Puente, nos ha contado que él oyó de labios del coronel don Manuel de Odriozola, lo que sigue, que no ha sido publicado hasta ahora: "Como oficial subalterno, se me comisionó para un fin militar cerca del Libertador, quien, recién llegado de Colombia, residía en los altos de la casa de la calle de San José que poseyó don Juan Ugarte (*). Me anunció é hizo entrar á la

(*) Hoy propiedad de la familia Gutiérrez.

habitación en que estaba, su edecán coronel Bedford Hinton Wilson, de nacionalidad inglesa (*). Cumplí mi comisión. Antes de que me retirara, el Libertador me preguntó si era colombiano ó porteño (**). Peruano — le contesté sencillamente. Todo fué pronunciar yo tal palabra, que encenderse él en ira y prorrumpir en improperios y frases vulgares contra los compatriotas míos del ejército. Su aspecto, cada vez más violento, me obligó á seguir la insinuación de Wilson, quien acudió á las voces alteradas de Bolívar, de que me retirara sin demora. Cualquiera que hubiera presenciado la escena, me hubiera tomado por algún famoso criminal contra quien se dictaba sentencia de muerte. De ahí me dirigí á Palacio y, habiendo obtenido audiencia del marqués de Torretagle, me quejé de la manera como había sido tratado por el jefe de los auxiliares colombianos. El vizconde de San Donás, Ministro de Guerra, entró en ese momento. El Supremo Delegado me hizo repetir lo ocurrido. Los dos eminentes peruanos cruzaron una mirada en que creí percibir un pensamiento de dolor, pero no de sorpresa....."

Bolívar, que incorporó casi á planazos Guayaquil á Colombia, buscaba la manera de humillar y anular los elementos morales é intelectuales del Perú, para que la Independencia resultase como obra exclusiva suya, capaz de prestar sombra á..... la *Constitución vitalicia.*

Ello, en gracia de su ostentoso disimulo para sus designios ulteriores, sólo comparable á su franqueza infantil en asuntos de poca monta, no obstó para que, al abandonar definitivamente el Perú en 1826, lanzase la proclama más hermosa que dictara á sus secretarios. La tenemos delante, im-

---

(*) El mismo que, años después, fué Encargado de Negocios de S. M. B. en Lima, donde suscitó graves incidentes diplomáticos con nuestro país.

(**) Así se llamaba entonces, por lo general, á los argentinos.

presa en una hoja suelta de la época que, á la vez contiene el decreto dictatorial invistiendo al general Santa Cruz y á los Ministros del despacho de la autoridad suprema. "Concebí la osadía de dejaros obligados—exclama— mas yo cargo con el honroso peso de vuestra munificencia. Desaparecen mis débiles servicios al lado de los monumentos que la generosidad del Perú me ha consagrado; y hasta sus recuerdos irán á perderse en la inmensidad de vuestra gratitud. Me habéis vencido." Termina: "Peruanos: teneis mil derechos á mi corazón: os lo dejo para siempre. Vuestros bienes y vuestros males serán los míos. Una nuestra suerte." *Colección del Instituto Histórico del Perú.*

Bolívar, según Paz Soldán, *obra cit.*, p. 98, nota, «miraba con disgusto y desconfianza, ó mejor dicho, aborrecía á los argentinos".

21

O'Leary, *obra cit.*, t. II, p. 266, atribuye á Bolívar "7700 soldados, sin incluir las guerrillas, fuertes de 1500 hombres". Fundándose en este dato, Mitre, *obra cit.*, t. III, p. 724, afirma que el Libertador tenía 9000 sobre las armas. Los documentos del ejército que nos dió la Independencia (*Colecciones Paz Soldán y del Instituto Histórico*) que aún existen, sólo permiten considerar, como de valor histórico y militar, la cifra que aparece en el texto.

22

El mejor testimonio es el de Torrente: «Inconcebible parece como en tan poco tiempo hubieran logrado los insurgentes poner en campaña una fuerza tan numerosa y bajo un pie tan respetable de arreglo y buena dirección. Abundaban las provisiones de guerra y boca, el armamento, vestuario, medios de trasporte y cuantos elementos militares se

necesitaban para abrir una importante campaña». *Obra cit.* t. III., p. 474.

23

«El general Bolívar, antes de abrir la campaña, celebró en Huamachuco un Consejo de Guerra de oficiales generales, asistiendo los primeros jefes de cuerpo. El objeto fué discutir y resolver el modo de hacerse la campaña. El general Sucre no pudo llegar á tiempo de Huaraz, y lo hizo dos días después. Bolívar, manifestándole su sentimiento por no haber llegado oportunamente, le instruyó de lo resuelto en el Consejo; y era que, abriéndose la campaña desde Huamachuco, bajase el ejército de Huaraz á Lima, pusiese el más riguroso sitio á las fortalezas del Callao, que se hallaban en poder del general Rodil por la traición de Moyano, y que una vez tomadas, se aprovechase de todo el material de guerra que quedaba en ellas y de los soldados prisioneros, dándose campo para que pudieran recibir los últimos auxilios de Colombia. Y que, después, se emprendiese la campaña sobre el virey. Informado de todo el general Sucre, le preguntó el Libertador ¿que cuál habría sido su opinión en el Consejo?, y le contestó: — que era adversa á lo resuelto, y fundó su contradicción en las siguientes razones: que era desacertado bajar á Lima, porque teniendo que combatir al virey en la sierra, habría sido necesario sacar las fuerzas de Colombia, que era lo principal, á la sierra para aclimatarlas; que rendir las fortalezas no era tan sencillo, debiendo emplearse dos ó tres meses, en el caso más favorable; que en este tiempo el ejército, bajando á la costa y al clima de Lima, habría perdido todo lo ganado en la sierra, de modo que, al abrir la campaña nuevamente, se haría con desventaja. Le indicó el peligro que se corría con la demora en Lima: que el general Olañeta, insubordinado al virey, pudiese arreglar con él, presentándose entonces el

ejército español con una masa imponente, ya para recibirlos en Jauja, ó para tomar la ofensiva. Que aprobaba que, sin pérdida de tiempo, se prosiguiese por la sierra, hasta encontrarse con las fuerzas del virey, y batirlas. El general Bolívar contestó que meditaría sobre la opinión que le daba. Lo hizo así; y al día siguiente, advirtió al general Sucre que seguía su opinión y no la del Consejo, haciéndole regresar en el acto á Huaraz, para que lo arreglase todo para el mejor éxito de la campaña. Cuanto referimos sobre el Consejo de Guerra y demás pormenores, nos lo refirió en Lima, el año 51, el señor general Morán, que, como comandante del batallón Vargas, fué uno de los Vocales del Consejo, y estuvo al corriente de todo». *Anales del Departamento de la Libertad en la guerra de la Independencia*, por el doctor don Nicolás Rebaza, Vocal de la Corte de Trujillo, Trujillo 1898, p. 276–7.

Sólo en este curioso libro, lleno de detalles y de anécdotas locales, hemos leído lo que precede, y que está confirmado por el penúltimo párrafo de una carta escrita á Bolívar por Sucre, de Jauja, el 28 de agosto de 1824. O'Leary, *obra cit.*, t. I, p. 174.

24

Restrepo, *obra cit.*, t. III, p. 421.

25

Basta una ojeada al llano de Junín, sobre el terreno, para comprender la enorme falta de Bolívar. Y si se quiere una comprobación escrita, recurramos á Restrepo, su íntimo amigo, su Ministro de Estado, cuya obra fué dedicada al Libertador en los términos de la mayor admiración por su persona y por sus hechos. «Los patriotas se habían avanzado imprudentemente y empeñádose en la estrechura que formaban una laguna á la izquierda y algunas coli-

nas á la derecha. Un solo escuadrón, que iba adelante, pudo desplegar en la pampa.....» *Obra cit.*, t. III, p. 423. Hay, sí, que agregar que los patriotas *no se habían avanzado imprudentemente* por inspiración ó deseo de ellos mismos, sino en cumplimiento de órdenes terminantes del general en jefe.

¿No fué una falta semejante de Bolívar la que produjo su espantosa derrota de La Puerta, en Venezuela, el 14 de julio de 1814?

26

Album de Ayacucho, Lima 1862, p. 137.

27

Miller en sus *Memorias*, Londres 1829, t. II, p. 144, nos comunica que él dió á Bolívar, que permanecía en las filas de la infantería, el primer parte anunciándole la victoria. Preferimos á cualquier otro autor este testigo presencial de que Bolívar se retiró de la batalla antes de que hubiese concluído y de que ignoraba la intervención de la caballería peruana.

El gran Olmedo en su poema *La Victoria de Junín*, tocó la cuerda cortesana que, por desgracia, no faltaba á su lira, al describir al héroe que

> brillaba
> por las primeras filas discurriendo.
> Se oye su voz, su acero resplandece
> dó más la pugna y el peligro crece
> nada le puede resistir.....

Siempre hemos juzgado innecesario é injusto discernir gloria alguna á Bolívar por Junín. Con su impremeditación comprometió el éxito del día, se vió forzado á volver la espalda á los combatientes y recibió la noticia de la victoria, que le sorprendería sobremanera, de un lugar en que ni se alcanzaba á contemplar bien el sitio en que se la obtuvo.

28

Don José Andrés Rázuri, natural de San Pedro de Lloc, ayudante del general Miller, se hallaba en esos momentos al lado de Suárez. Una entusiasta observación suya, sobrepuesta á la trasmisión de una orden de su general, contribuyó á decidir al jefe argentino á acometer al enemigo.

El señor Rebaza hace una detallada relación de este incidente: "Hemos tocado el histórico nombre de don José Andrés Rázuri; y no debemos desperdiciar la ocasión de hacer una memoria honrosa de él; pues nuestros Anales tienen por objeto, que se reconozca el patriotismo de los hijos del Departamento y se les agradezca. Se debió á este buen patriota el triunfo de Junín. Lo explicaremos. El señor Paz Soldán en su historia lo dice así, refiriéndose á la tradición comprobada y nosotros aclaremos más. El precitado Rázuri, no fué comandante de escuadrón, como lo dice el señor Paz Soldán; pues la clase que obtuvo fué la de ayudante mayor en el Regimiento de Coraceros, hijos todos de este Departamento, y que por haber dado el glorioso triunfo en la pampa de Reyes, recibió del general Bolívar el esclarecido renombre de Húsares de Junín. (*) Como tal ayudante, se hallaba en la batalla á las órdenes del general Miller, por haber tomado éste el mando de la caballería, á falta del general Necochea, que cayó herido y prisionero. Como es sabido, en las primeras cargas que dió el general Canterac, que fueron como un torrente, por-

(*) El comandante don Antonio Gutiérrez de la Fuente organizó y disciplinó en Trujillo un cuerpo de caballería al que dió el nombre de Coraceros, cuando la proclamación de la Independencia en esa ciudad por el marqués de Torretagle. A la cabeza de él depuso y aprisionó, también en Trujillo, en 1823, al Presidente de la República don José de la Riva Agüero, y sobre la base de su primitivo efectivo, durante la estadía de Bolívar en el Norte, se formaron los escuadrones á uno de los cuales tocó ganar la batalla de Junín.

que sus fuerzas, á más de su esmerada disciplina, se hallaban perfectamente montadas, arrolló á los primeros escuadrones de la patria, que pudieron formar, como lo explica minuciosamente el general Miller en la extensa carta que, con fecha 9 de agosto de 1824, dirigió de Tarma á un amigo suyo. En los primeros momentos se consideró la batalla perdida. El Regimiento Coraceros, que constaba de 300 hombres, no pudiendo entrar en batalla por lo pantanoso del terreno, para evitarlo, hizo un movimiento de circunvalación tras unas colinas ó morros ocultándose á la vista del general Canterac. El general Miller, considerando la batalla perdida, dió orden al ayudante Rázuri de que, siguiendo el mismo camino que llevó Coraceros, previniese al comandante Suárez que lo mandaba, que se replegase inmediatamente sobre la infantería. Al dar la orden, el ayudante llegó cuando ya Coraceros había logrado ponerse á retaguardia de la caballería de Canterac, que combatía á la patriota, que se hallaba en grupos. Rázuri, en vez de cumplir la orden de repliegue, dijo al comandante Suárez (argentino): *mi comandante, qué bella oportunidad: carguemos.* La contestación del jefe de Coraceros, fué dar una formidable carga por retaguardia á la caballería realista, lo que facilitó que la del ejército independiente se rehiciese y volviera al combate, dando el esfuerzo común el expléndido triunfo de Junín. El historiador contemporáneo señor Lorente (si no recordamos mal, pues todos nuestros libros los robaron el 84) dice: "A una orden equivocada del sampedrano Rázuri, se debió el triunfo de Junín". No fué orden equivocada; sino que el ayudante, viendo la situación de la caballería realista, dió, como un consejo suyo, al comandante Suárez que emprendiese la carga. El señor Rázuri era de la antigua escuela, y aventuró sólo un consejo, tan acertado como feliz. Es tan grave faltar á la disciplina, que la historia nos recuerda que Fabio, general de la caballería á las órdenes del Cursor Papirio, en la batalla contra los Samnitas, se comprometió contra

las órdenes del Cursor; y aunque ganó dos batallas, lo mandó ejecutar, y se libró por la intercesión del pueblo romano. El general Canterac en el parte que dió al virey de la pérdida de la batalla, con fecha 8 de agosto de 1824, desde Huayacachi, describiendo la situación de la caballería independiente, dice que los escuadrones de la patria, que estaban en columna, volvieron grupas y se desordenaron completamente, mas los que estaban en batalla, "atacados de frente y flanco, recibieron la carga á pie firme, y ya estaban en desórden, cuando en este mismo instante, sin poder imaginarme cual fué la causa, volvió grupas nuestra caballería y se dió á una fuga vergonzosa, dando á la enemiga una victoria que era nuestra". Y en el mismo parte agrega: "Parecía imposible en lo humano que una caballería como la nuestra, tan considerada, bien armada, equipada, montada, instruida y disciplinada, (entra en otras consideraciones), hubiese huido con tanta vergüenza de un enemigo sumamente inferior bajo todo aspecto y que ya estaba casi batido". Explicando nosotros el parte del general Canterac, repetiremos que la derrota de su caballería provino de la formidable carga que á retaguardia dieron 300 ginetes hijos del departamento de la Libertad, (*) que á su valor se agregaba que combatían por la libertad é independencia de su patria..... Se debió, pues, (la victoria) de Junín á los hijos del departamento de la Libertad y al feliz consejo de un hijo de San Pedro. Lo que acabamos de referir sobre el movimiento de Coraceros y demás incidencias, nos lo dijeron, en años atrás, el general Raygada, que combatió de sargento mayor en el regimiento Húsares, los señores coronel Casanova, general Pezet y el señor Andrés Rázuri en una contestación que nos dió de Piura el año 57, absolviendo las preguntas

(*) El departamento de la Libertad comprendía entonces, además del territorio que hoy tiene, el de los actuales departamentos de Piura, Loreto, Amazonas, Cajamarca y Lambayeque.

que le hicimos sobre el particular; carta, que como todos los documentos que teníamos coleccionados, fueron robados de nuestra casa en Trujillo, en 1884, como antes lo hemos expuesto''. Rebaza, *obra cit.*, págs. 188–90.

29

Así lo llama Torrente, *obra cit.*, t. III, p. 477.

30

Herrera, *obra cit.*, págs. 187–8.

Un miembro de la familia de Cortés nos ha proporcionado el siguiente *memorandum*, debidamente documentado, que servirá para la biografía del intrépido piurano, con tanta ingratitud olvidado:

«Don Miguel Cortés y Carrillo, fué uno de los muchos hijos del matrimonio de don Antonio Cortés y Zorrilla, regidor perpétuo de Piura, hijo á su vez de uno de tres hermanos, de Estremadura, España, venidos á América en el siglo XVIII, de los cuales el mayor se estableció en Chile, formando familia, cuyo pingüe mayorazgo fué adjudicado, á mediados del último siglo, á don Felipe Eugenio Cortés, hijo del general don Manuel Eugenio Cortés, que casó en Lima; y de la señora doña María Paula del Castillo y Talledo, hija de don Miguel Serafín del Castillo, alcalde perpétuo de Piura, y de la señora Eufemia Talledo y Torquemada, de cuya familia procedió la abuela del arzobispo Benavente; así como de la rama Seminario y Castillo vino al mundo Miguel Grau. Fueron tíos carnales de don Miguel Cortés, el doctor en teología y en jurisprudencia don Pedro J. del Castillo, deán del coro de Trujillo, y el doctor don José Miguel del Castillo, diputado á Cortes, en España, á principios del siglo XIX y oidor de la Audiencia de Santa Fé de Bogotá. Ingresó el joven Miguel Cortés y Castillo á la división auxiliar, mandada por Santa Cruz, á su paso

por Piura para Colombia, en la clase de subteniente, y asistió á la batalla de Pichincha, regresando precipitadamente á dar parte al Gobierno de Lima del triunfo obtenido, para morir, después, en el combate de Junín, con la clase de teniente, á los 21 años de edad, más ó menos, con la particularidad de haber sido el único oficial del ejército libertador que murió. Fueron sobrinos nietos de don Miguel Cortés y Castillo, los jóvenes Toribio y Alberto Seminario y Cortés, muertos en la batalla de San Juan.»

Además de Cortés, murió, como lo indica el parte inserto en el texto, otro oficial patriota: el capitán colombiano Urbina.

31

El parte de Héres oculta la verdad bajo un insólito laconismo: «Los enemigos cargaron..... El choque fué tremendo, y al fin, después de diferentes conflictos, en que ambas partes lograban la ventaja, la caballería enemiga, aunque superior en número y mejor montada que la nuestra, fué completamente desordenada, batida y acuchillada hasta las mismas filas de su infantería». Convendría preguntar á Héres: ¿cuáles fueron esos conflictos? Ocurrir, pues, á semejante documento para conocer el interesante desarrollo de la batalla, resulta del todo inútil. Conocemos, igualmente, un parte de Santa Cruz, Jefe de Estado Mayor de Bolívar, que no arroja sino una luz indecisa acerca del acontecimiento y al que se contrae O'Leary, *obra cit.*, Narración, t. II, p. 269.

«La expléndida victoria de Junín fué debida exclusivamente á la caballería del Perú, mandada por el bizarro comandante don Manuel Isidoro Suárez». Herrera, *obra cit.*, p. 137.

«En ambos bandos se sostuvo el combate, y aunque en el de los independientes hubo algunos cuerpos dispersos, los realistas fueron al cabo puestos

en fuga y derrotados, especialmente por la oportunidad y bizarría de parte del contingente peruano que, por accidentes del terreno, estaba apartado del grueso y aprovechó completamente de su bien ejecutada carga». *Diccionario histórico-biográfico del Perú* por el general don Manuel de Mendiburu. Lima 1887, t. VII, p. 327. Repitamos la frase de Herrera, porque es más exacta que la de Mendiburu: «la defección de los colombianos era general.»

«En esta crítica circunstancia y viendo Suárez el peligro....., cargó al enemigo por la retaguardia y detuvo la persecución, dando así tiempo á Miller para reorganizarse y volver á la carga con mayor brío, hasta que logró desordenar al enemigo.» *Historia del Perú* por Clemente R. Marckam, traducción de Juan de Dios Benites, Lima 1895, p. 185.

«El teniente coronel Suárez, que mandaba el escuadrón peruano, habiendo quedado á retaguardia de los españoles....., en vez de huír, se lanzó sobre los vencedores con desesperación. Cargó á la izquierda é introduciendo el desorden y el terror en los que se creían victoriosos y dando tiempo á que volvieran los patriotas en sí, consiguió que el enemigo huyese y á su vez le cargaran las fuerzas rehechas de los libres». *Historia del general Salaverry* por Manuel Bilbao, Lima 1853, p. 47.

«El comandante Manuel Isidoro Suárez, que con el primer escuadrón de Húsares del Perú se hallaba situado en un recodo, dejó pasar por su flanco el tropel de perseguidos y perseguidores, y despejado el terreno, cargó por retaguardia á los vencedores, que á su vez se pusieron en precipitada fuga. Los escuadrones patriotas reaccionan con Miller á su cabeza, vuelven caras y quedan dueños del campo. Canterac, que consideraba seguro su triunfo, no quería dar fé á sus propios ojos al presenciar su derrota.» Mitre, *obra cit.*, t. III, p. 728.

«Aunque los independientes sostuvieron el choque con mucho valor, no pudieron resistir: fueron desordenados y acuchillados horriblemente. Sólo unos pocos granaderos á caballo de Colombia, á las

órdenes del mayor Brown, pudieron conservar su formación y abrirse paso por entre los enemigos. También quedó formado é íntegro un escuadrón peruano que estaba un poco á retaguardia cuando se trabó el primer choque. Este escuadrón, guiado por el teniente coronel Suárez, avanzó sin oposición, mientras que los realistas perseguían en desorden á los patriotas, y se colocó á la espalda de aquellos. Cargóles entonces con vigor, y lo mismo hace Brown á la cabeza de los granaderos á caballo ..... Los realistas, atacados de nuevo cuando no conservaban su formación, no pueden resistir una embestida tan violenta como inesperada, y huyen por todas partes.» Restrepo, *obra cit.* t. III, p. 423. ¿Por qué unir á la admirable acción del escuadrón de Suárez los *pocos granaderos* de Brown? ¿Qué influjo podían tener en esos momentos, siendo un puñado insignificante de soldados? Lo cierto es que Brown y Miller, y más éste que aquél, fueron de los primeros en reaccionar á la sombra de la carga de Suárez, pero sin haber tomado parte en ella.

«Ya los independientes habían sido arrollados; á pesar de su arrojo y decisión, no habían podido resistir al terrible impulso de la caballería de los realistas; ya éstos empezaban á entonar el himno de la victoria, cuando dos escuadrones enemigos que estaban á retaguardia, al mando del teniente coronel Suárez, se lanzaron sobre los vencedores, que se hallaban asímismo en el mayor desorden y confusión, mezclados con los vencidos. Reunidos éstos con aquella masa de bronce, que guardaba una perfecta formación, cayeron de nuevo sobre los realistas, los acuchillaron horrorosamente, los obligaron á ponerse en pronta retirada y les arrebataron el campo de batalla». Torrente, *obra cit.*, t. III, p. 477. Los escuadrones peruanos de la reserva no fueron dos, sino uno.

«Parece que los hechos pasaron así: Viendo en situación desfavorable á los españoles, los cuerpos republicanos hicieron un movimiento simultáneo contra ellos, cabiendo especialmente el honor de es-

ta decisiva embestida al regimiento de Húsares del Perú, mandado por el comandante Suárez, el cual había quedado libre de la desorganización por la configuración del terreno». *Ultimas campañas de la Independencia del Perú* por Gonzalo Búlnes, Santiago de Chile 1897, pags. 541-2.

Como se ve, prescindiendo de determinados detalles, de la opinión de los historiadores, cualquiera que sea su nacionalidad, y no sólo de la opinión de los historiadores peruanos, según asevera Búlnes (*), resulta uniformemente que el escuadrón de Suárez convirtió en victoria la derrota de Junín.

El referido historiador chileno es el único que emplea una forma algo dubitativa, porque quiere, no porque debiera emplearla.

Además de Mendiburu, en su *Diccionario*, que acusa á Canterac de haber pasado en su carga, antes de tiempo, á los «aires violentos», lo que debilitó su choque con la caballería enemiga, la cual fué, sin embargo, vencida en el comienzo de la batalla, y además de las críticas, informadas por emulaciones y desacuerdos personales, cuyo eco ha llegado hasta nosotros, de García Camba y de Valdez, en sus respectivas *Memorias*, hemos hallado en una obra, que honra á nuestro ejército, por su iniciativa y ejecución técnica, los conceptos, en materia histórica, que van á continuación: «Parece que la naturaleza misma hubiera dispuesto la pampa de Junín para ser teatro de grandes proezas, pues en ningún otro punto hubiesen encontrado aquellos ginetes *más vasto ni mejor* palenque para medir sus lanzas..... La caballería patriota, con su intrépido Comandante General Necochea á la cabeza, descendió al llano, tratando, al verificarlo, de desplegar para entrar á la pampa en batalla, *operación que no permitió lo pantanoso del terreno*..... Los realistas, que consiguieron desplegar todas sus tropas, formaron una línea

(*) *Obra cit.*, p. 541. Por equivocación da á Suárez el nombre de Vicente.

cuyos extremos estaban reforzados por escuadrones doblados, en tanto que los patriotas, *encerrados por las colinas y pantanos*, se vieron obligados á *disminuir el frente* en cuanto fuera posible, haciendo entrar á los escuadrones *en columna*». *Viaje de Estado Mayor*, Chorrillos 1902, pags. 295 y siguientes. Por sí misma se desprende la contradicción en que se incurre al alabar la designación del campo por Bolívar, agregando después que el terreno era pantanoso y tan estrecho que el ejército libertador apareció en columna, como en realidad sucedió, ó sea en la formación más peligrosa é inconveniente, frente á Canterac. Continuamos analizando el, desde otros puntos de vista, meritorio trabajo del mayor Bonilla: «La caballería de Suárez, *sin tiempo para salir*, quedó en la boca de la quebrada..... Esta *reserva obligada*.....» Ya sabemos que Bolívar colocó ahí á Suárez como reserva, porque desconfiara de los noveles ginetes del jefe argentino ó porque casi nunca se apartaba de su ánimo, á pesar de las varias elocuentes enseñanzas que le proporcionó la suerte, la preocupación de que los peruanos servían militarmente para poca cosa. «Este golpe (la carga de nuestros Húsares) *si no demasiado rudo*, al menos muy acertado.....» Rudo y bien rudo fué el golpe que Suárez descargó sobre los españoles, como golpe de la *masa de bronce* de que habla Torrente. Arrancar la victoria, que ya ornaba las sienes de Canterac, con una sola carga de reclutas, que no titubearon en precipitarse al combate, que no cejaron un momento en él, que no perdieron una sóla vez su formación, secreto de su fuerza, es llevar á cabo una operación táctica de primera clase, que no desdeñaría, en igualdad de condiciones, el mejor ejército del mundo. Para desvanecer el cargo al jefe español de que carecía de reserva, citaremos á Torrente: «Todavía conservaba el comandante don Dionisio Mancilla algunos trozos de caballería ordenadamente formados, y esperaba con ellos arrebatar á los rebeldes su inesperado triunfo; pero el general en jefe, que deseaba conservar

aquella fuerza como centro de reunión de los dispersos, no juzgó conveniente permitir este rasgo de valentía y firmeza.....Si el comandante Eguía, que fué encargado de flanquear al enemigo por su izquierda y *de servir de reserva*, se hubiera dirigido por el centro cuando vió malogrado su primer movimiento y que la reserva contraria se introducía en el campo, habría sido irremediable la destrucción de los independientes.» *Obra cit.*, t. III, p. 477.

32

Odriozola, *obra cit.*, t. VI, págs. 114-16.

33

"Voy á recordar lo que tiene para mí de más admirable la conducta del Mariscal de Ayacucho en la campaña que con justicia le dió su nombre. No es su sabia operación para descabezar el Apurímac, tras del cual maniobraban catorce mil españoles; no su habilidad para reunir y concentrar su ejército, cuando éstos, pasando aquel río, se arrojaron rápidamente (*); no su destreza para restablecer su línea de comunicación y ponerse de nuevo en contacto con su base de operaciones, cuando el enemigo, adelantándose á pasar el Pampas, cortó la una y le separó de la otra; no su sangre fría para frustrar el impetuoso y bien combinado ataque de Corpahuaico; no el acierto con que reforzó la izquierda de nuestra línea formada por la división peruana, que resistía con notable desproporción numérica el vigoroso y tremendo ataque del distinguido general español Valdez; no la oportunidad con que, de acuerdo, según es fama, con el noble general La Mar hizo que el bizarro general Córdova arremetiese la

* Debe haber aquí algún vacío en el impreso de que nos servimos.

línea enemiga, que por aquella parte aún no había concluido su despliegue; no, por decirlo de una vez, el heróico denuedo con que arengó, alentó y dirigió sus tropas en la memorable batalla que coronó tantas proezas. En la retirada que hizo desde la margen izquierda del Apurímac hasta las inmediaciones de la ciudad de Huamanga, ¿cómo pudo ejecutar en buen orden tantas y tan dilatadas marchas? ¿cómo logró conservar sus fuerzas casi sin mengua? ¿cómo supo mantener á presencia de un enemigo poderoso y superior en número, que le seguía los alcances, la disciplina, la moralidad y el orden del soldado? Esto es lo que el vulgo no aplaudirá jamás, y lo que siempre cautivará la admiración de los hombres de la profesión. Debiólo á la calma, tino y oportunidad con que aprovechaba de las localidades y accidentes del terreno para acampar y descampar, para emprender ó suspender los movimientos, para ofrecer ó rehusar el combate, conteniendo siempre la prepotencia del enemigo; debiólo á la confianza que por estos medios supo inspirar á sus tropas; debiólo al esmero y diligencia con que cuidaba de su subsistencia y bienestar, y al amor que de sus resultas le profesaban; por cuya causa el Libertador le llamó el general del soldado; lo debió finalmente á su talento, á su firmeza, á su prudencia, á su benignidad, ó lo que es lo mismo, á su juicio y á su carácter, á su cabeza y á su corazón; porque tenía la cabeza y el corazón de un héroe!" *Carta á don Domingo de Alcalá* por el general don Manuel Ignacio de Vivanco.

La retirada del ejército después del combate de Matará, es otro recuerdo que inmortaliza la memoria del general Sucre. Si el Libertador Bolívar hubiera dirigido las operaciones de la campaña, nadie hubiera dudado que, desde Matará, los españoles habrían sido dueños positivos de todo el territorio peruano». *Carta á id.* del general don Manuel Martínez de Aparicio.

Estas dos cartas, la clásica de Vivanco y la importantísima, por la afirmación final, de Aparicio, así co-

mo otras muchas de sobrevivientes de la guerra de la Independencia, favorables á la memoria inmortal del general Sucre, las publicó el señor Alcalá en Lima, 1850, en un folleto, bajo el título *Para la historia de la América del Sur.* Corren en las págs. 28 y 36.

Hay un solo punto débil para Sucre en las maniobras que condujeron á la batalla de Ayacucho: el combate de Corpahuaico. Conocemos una carta del general Lara, jefe de la 3ª división del ejército libertador, en que figuran los siguientes conceptos: «Las divisiones de Córdova y La Mar y el general Sucre con su Estado Mayor, pasaron la quebrada con precipitación, sin dejar tal compañía, pues no hicieron un solo tiro, viéndome cortado por el enemigo y se fueron, dejándome allí las 60 cargas de municiones de las divisiones Córdova y La Mar, los dos cañones que pertenecían á la última, todas las caballerías que pertenecían á sus divisiones, y se desentendieron del general Lara y su división, que quedaba en manos de toda la fuerza enemiga. El batallón Rifles, que venía encargado de 100 cargas de cartuchos y sin un solo armero, las abandonó y entró á pelear; como este cuerpo les llamó la atención por su derecha, pude yo hacer que bajasen y pasasen la quebrada las caballerías, las 60 cargas de cartuchos de las tres divisiones, los cuerpos Vencedor y Vargas y una sola pieza de artillería, porque estaba bien montada, esto es, la menos mala; y para hacer que se retirase Rifles, coloqué á Vargas en una altura que cruzó sus fuegos sobre el enemigo, trayéndome con Rifles 9 prisioneros, entre ellos un teniente español y 16 cargas de cartuchos del enemigo, con los que repuse las municiones gastadas. Es verdad que se perdió la tercera parte de Rifles, entre muertos, prisioneros y dispersos; pero salvé al ejército, porque salvé la división, 90 cargas de á 4,000 cartuchos y toda la caballería. Pernocté esa noche (día 3 de diciembre) á más de media legua de las dos divisiones. Los fuegos duraron tres horas y media. Se comenzaron

á las cuatro de la tarde y se concluyeron á las siete y media de la noche. A las 9 de la noche se me presentó el general Sucre con la mayor tristeza, porque creyó perdida la división, todo el parque y todas las caballerías del ejército; pero cuando fué informado por mí de lo que había pasado y que el enemigo había quedado escarmentado, revivió su espíritu, porque se temió que me hubiera sucedido lo mismo que al general Santa Cruz en Moquegua; y como al general Sucre le hacía poco favor el descubrimiento de esta falta, no dió este parte, haciéndome el agravio más grande que mi corazón ha sentido; y es por esto que el general O'Leary me ha creído enemigo del general Sucre, que nunca lo fuí». *Colección O'Leary.*

34

Tal es la cifra de los *estados* tomados á La Serna. Sucre la señala en su parte de la batalla, dirigido al Ministro de Guerra de nuestro Gobierno, habiéndola hecho constar ya, el día anterior, en una adición á la nota con que eleva á Bolívar copia de la capitulación ajustada con los vencidos. Esa nota, original y autógrafa, pertenece á la Colección del Instituto Histórico del Perú. La adición es de puño y letra de Sucre.

35

Odriozola, *obra cit.*, t. VI, p. 135.

36

Sabido es que este nombre se daba á los oficiales y soldados del batallón Voltígeros, que antes se llamó Numancia. Lo creó en Barinas don Sebastían de la Calzada en 1815, obligando Morillo á entrar en sus filas á numerosos patriotas venezolanos y neogra-

nadinos. Al pasarse, ya en el Perú, á la causa independiente, en la época de San Martín, privó á los españoles de una de sus columnas más sólidas.

37

Descripción de la batalla de Ayacucho inserta en el t. XVII, págs. 284–346 de la *Biblioteca popular*. Bogotá 1898.

38

Ibid.

39

«Cuando comenzaba á descender el ejército español de las alturas de Condorcunca para ocupar el llano, me aproximé al perfil de una grieta, en donde estaba el general Valdez viendo desfilar la fuerte división que mandaba (*); lo cual me facilitó poder escuchar sus conceptos sobre el combate, manifestando á algunos jefes y oficiales de Estado Mayor y á sus propios edecanes, que le rodeaban, el plan de ataque que tenía concebido. Fijando el anteojo sobre el terreno de la derecha, que era el punto que á él se había designado, les decía: Es la división peruana la que á esa parte se dirige; voy á vérmelas con La Mar; me situaré al otro lado de la barranca; la artillería se colocará en aquel punto (señalándolo); poco más allá la infantería y á sus flancos la caballería: de esa manera podremos, sin gran dificultad, posesionarnos de aquella importantísima posición, que ofrece la eminencia que allí se ve. Conseguido eso, dentro de dos horas quedará todo concluido, pues tomamos al enemigo á dos fuegos.

(*) El autor de la cita, hijo de un funcionario español, acompañó al ejército de La Serna. Conoció á Sucre en Arequipa, después de la victoria de Ayacucho, y llegó á ser su secretario privado.

Monet lo atacará por el centro y Villalobos por la izquierda.» Rey de Castro, *apud* Vicuña Mackena, *obra cit.*, págs. 28 y 29.

40

Narración biográfica del gran mariscal don José de la Mar por Manuel Vicente Villarán, Lima, 1847, p. 17.

41

«Bajo las órdenes del general Palafox, de teniente coronel graduado, defendió (La Mar) á Zaragoza, donde manifestó un valor y actividad extraordinarios.» Villarán, *obra cit.*, p. 6.

42

«Coronel argentino, natural de Buenos Aires. Principió su carrera en 1813, á los trece años de edad. Formó parte del ejército de los Andes, é hizo la campaña de Chile, encontrándose en las batallas de Cancha Rayada, Maypú, Chillán y Bíobío. Hizo también la campaña del Perú: en la sierra al mando del general Arenales, en la costa al mando del general Domingo Tristán, en puertos intermedios con el general Alvarado. Se halló en la batalla de Junín, donde cayó prisionero y fué después rescatado en la de Ayacucho (*), donde se hizo notable por su bizarría. Hizo la campaña del Brasil y se encontró en la batalla de Ituzaingó, al mando del regimiento 16 de caballería. Pasó á la banda oriental donde murió en 1828.» Cortés, *obra cit.*, p. 350.

(*) Olavarría volvió á las filas patriotas en virtud de un canje de prisioneros poco anterior á Ayacucho.

43

La Legión Peruana, creada por San Martín, es el cuerpo más antiguo del ejército nacional. Contó en la guerra de la Independencia varias acciones distinguidas, una de las cuales fué la siguiente: «En este combate (la batalla de Moquegua) la Legión rechazó las diferentes cargas de caballería que le dió el enemigo, después de haber maniobrado á presencia de las balas y cuando el resto de las fuerzas independientes iba en derrota». *Historia de Salaverry* por Manuel Bilbao, Lima 1853, p. 36. Formaban parte de las referidas fuerzas en derrota los batallones 4, 5 y 11 de Chile. Dirigió el ataque á la Legión el coronel D. Baldomero Espartero, que tan alta posición militar y política alcanzó después en la Península. Torrente, *obra cit.*, t. III, p. 375. Nuestro futuro general Salaverry, fué uno de los oficiales más denodados de la Legión frente al enemigo. Reforzaremos lo expuesto con un testimonio chileno de la mayor excepción: el general D. Francisco Antonio Pinto, en sus *Apuntes militares:* «La Legión se hallaba casualmente sobre un plano de poco declive: baja sobre él la caballería realista y le da dos cargas consecutivas que resistió felizmente, sin desordenarse, manteniéndose en su puesto».

44

"La división Córdova alcanzó sobre ese cuerpo (el regimiento Gerona) un señalado triunfo; y el general Sucre mandó al instante que avanzara contra los batallones de Monet que dispersó en desorden y fuga, aunque no todos habían atravesado el barranco. En este brillante ataque la fuerza de Córdova recibió apoyo de parte de la división Lara. La caballería de Colombia combatió y obligó á volver grupas y desbandarse al regimiento Granaderos de la Guardia y á otros escuadrones. La división perua-

na rechazó con bizarría las columnas de Valdez y completó la derrota sostenida por los batallones de Colombia Vencedor y Vargas y por los Húsares de Junín, que cargaron con la mayor bravura». Mendiburu, *obra cit.*, t. VII. p. 332.

"Valdez rompió sobre La Mar un fuego mortífero, horroroso, con la artillería y un batallón desplegado en guerrilla. Este violento ataque de la mejor tropa española al mando de su mejor jefe, hubiera sido más que suficiente para que La Mar hubiera perdido su división y el ejército la batalla, á no ser un soldado imperturbable en el peligro. Cedieron un tanto los batallones peruanos extenuados; pero La Mar los volvió á alentar é hizo entrar nuevamente en combate..... Derrotado el centro de los españoles y expedito para atacar el esgundo escuadrón de Húsares de Junín, mandóle cargar el general en jefe á la caballería de Valdez y lo hizo con tal denuedo, que fué completo el triunfo." Villarán, *obra cit.*, págs. 16 y 17. Rectificando á Miller, *Memorias cit.*, t. II, p. 117, agrega Villarán en una nota de la p. 97: "Los batallones peruanos no se retiraron, como dice la cita anterior (de Miller); perdieron un tanto el terreno, que volvieron á recuperar, cuya alternativa es frecuente en los combates encarnizados y largos. Sin embargo, en elogio de la tropa peruana, sin faltar en un ápice á la verdad, se puede decir que nadie la superó en valor. Hé aquí las razones que para ello tenemos. Esta tropa era nueva, pues los ejércitos peruanos anteriores se habían perdido todos con los generales Alvarado, Tristán y Santa Cruz; combatió contra doble número de soldados españoles. ¡Y qué soldados! Los que habían obtenido, desde 1813, al mando de Pezuela, los triunfos de Vilcapugio, Ayouma y Viluma, y después los de Torata, Moquegua y Macacona (Ica)".

"Las columnas de valientes formadas en los llanos de Quínua aguardan con impaciencia la señal del combate, en tanto que los españoles, en espesa nube de lanzas y bayonetas, descienden con pasos

magestuosos y ordenados delas alturas de Condorcunca. Gruesos batallones, hileras de á caballo, brigadas de artillería, se ven aquí y allí marchando con serenidad al lugar designado.....Suena el clarín, y las columnas lijeras del Perú avanzan la línea, arden de coraje, se precipitan sobre el enemigo, y el estruendo del cañón retumba en las montañas vecinas. Gritos, polvo, estragos, confusión, sangre y muerte se derraman por el campo de batalla. Los ejércitos, iguales en valor, desiguales en número, se acercan, se estrechan, se abalanzan, se cruzan, hacen correr ríos de sangre; se hiende la tierra con montones de cadáveres; se enardece la lid; la zaña y el furor lanzan centellas de fuego.... La estrella de España está al eclipsarse .... Por el éter inflamado vagan la palma y la oliva: mil valientes las buscan, las persiguen, las disputan con hazañas.....El general La Mar es uno de los primeros que empuñan esa palma del triunfo; él quien ofrece la oliva de paz al Perú. No soy yo quien lo dice: es el feliz Mariscal de Ayacucho, es el gran capitán Bolívar, es la nación toda en el segundo Congreso Constituyente quienes le hacen esta justicia". *Oración fúnebre* con motivo de la traslación á nuestro suelo de los restos de La Mar, fallecido en Costa Rica, que pronunció en la Iglesia Catedral de Lima, el 4 de marzo de 1847, el presbítero doctor don Pedro José Tordoya. Las alusiones del párrafo final trascrito de la Oración, son al parte de Sucre, (*Album de Ayacucho* p. 140), á la orden del día del Estado Mayor general libertador, dictada en Lima el 22 de diciembre, no bien se supo la victoria, por el coronel don Manuel José Soler (hoja suelta impresa por José María Concha) y al discurso que Luna Pizarro, Presidente del Congreso, dirigió á La Mar cuando le ciñó la banda de Presidente de la República (*El Telégrafo*, núm. 117). Reproduciremos, por considerarlas de Bolívar, las palabras con que la orden del día de Soler se expresa acerca de la carga de la caballería peruana, prescindiendo de inexactitudes de detalle, propias de

los primeros momentos: "El segundo escuadrón de Húsares de Junín, á las órdenes del intrépido comandante Olavarría, cargó brillantemente á los escuadrones enemigos que estaban á la derecha del general Valdez, y logró un suceso admirable".

"Llegaron (á reforzar á La Mar) el batallón Vargas y los Húsares de Junín, en tan feliz oportunidad que, atacados valerosamente por ellos, las fuerzas realistas, en el momento preciso que iban á coronar la indicada posición, fueron instantáneamente arrolladas, obligándolas á ceder el terreno á su valor; suceso que en gran manera contribuyó al triunfo". Rey de Castro, *obra cit.*, *apud* Vicuña Mackena, *obra cit.*, p. 30. Debe recordarse que la sorpresa de Corpahuaico redujo considerablemente el efectivo del batallón Vargas, el cual combatió junto con la infantería del ala izquierda. Fué la carga de caballería de los Húsares, cuyo efectivo estaba íntegro, la que operó el rechazo definitivo de Valdez.

"La izquierda del ejército libertador era vivamente atacada por la división de Valdez..... Habiendo rechazado á nuestras guerrillas y aún á dos de nuestros batallones, los cuerpos enemigos atravesaron el barranco en seguimiento de aquellos y toda la división española emprendió ya el mismo movimiento, haciendo la artillería sin cesar un vivísimo fuego. El batallón Vargas, enviado á reforzar nuestra izquierda, también empezabaá ceder. El general La Mar se sostenía en este terrible conflicto con su imperturbable firmeza, y todos hacían prodigios de valor. Entonces, percibiendo el general Sucre el peligro, mandó de la reserva al batallón Vencedor y ordenó que acometiesen los famosos regimientos Húsares de Junín y Granaderos á caballo de Buenos Aires. La embestida fué irresistible, siendo los primeros cuerpos que traspasaron el barranco la Legión Peruana Vargas y la caballería, para destrozar la valiente y magnífica división Valdez..... La derrota se hizo completa". *El Comercio* núm. 3263. Hemos extractado las líneas pre-

cedentes de un meditado artículo motivado por la polémica que, en 1850, desde las columnas de *El Republicano* de Arequipa, sostuvieron acerca de la guerra de la Independencia el general Morán y algunos amigos del general Castilla.

"Rompió (Valdez) nutridísimo fuego contra las fuerzas de La Mar que, al principio, se vieron obligadas á retirarse. Una parte de la división de Lara, que vino en su auxilio, también fué rechazada. Los realistas atravesaron el riachuelo y emprendieron la persecución. En este crítico momento, Miller, que mandaba Húsares de Junín, dió una carga que los hizo retroceder, dando así tiempo á la infantería peruana para reorganizarse y entrar de nuevo en el combate. Atravesaron el riachuelo mandados por el coronel José María Plaza, natural de Mendoza pero naturalizado en el Perú, y fué tal el ímpetu y resolución con que cargaron, que la división de Valdez quedó hecha pedazos, dispersándose la infantería y fugando la caballería en todas direcciones. La victoria de los patriotas fué completa". Marckam, *obra cit.*, p. 189. En lugar de *riachuelo* debió decirse *barranco*, aunque en el fondo de éste corre un hilo de agua. Miller era general y mandaba en jefe toda la caballería patriota y el centro de la línea, no simplemente á los Húsares de Junín.

Miller, en carta á O'Leary (Baños de San Diego, Potosí, 28 de mayo de 1825), formula esta queja: "Nada diré sobre ascensos militares, ni del olvido del general Sucre en el parte de la batalla de Ayacucho de la carga que, por mi orden y conmigo á la cabeza, dieron los Húsares de Junín en un momento crítico de la batalla, con cuya carga fué rechazada y completamente derrotada la división de Valdez....." *Colección O'Leary.* Olavarría fué el primer oficial que emprendió contra los realistas. Miller, que mandaba el centro patriota, envió á los Húsares, que le pidió La Mar, y tomó, asímismo, con el arrojo con que él lo hacía siempre, participación en la carga de todo el regimiento. El bizarro inglés repite, en contradicción con los testimonios

de su tiempo, en sus *Memorias*, Londres 1829, t. II, p. 176. "que por sí mismo resolvió que cargasen los Húsares de Junín". La afirmación de importancia de la carta á O'Leary, es que, á juicio nada menos que de Miller, se trataba de "un momento crítico de la batalla".

"Colocándose (Valdez) á tiro de fusil de la división de La Mar, rompió un fuego mortífero, apoyado por cuatro piezas de artillería. Un barranco se interponía entre ambas divisiones. Tres batallones peruanos tuvieron que retroceder á un ataque tan impetuoso; Sucre, atento á todo, mandó al batallón Vargas en auxilio, pero los españoles habían atravesado el barranco, y esta fuerza unida á La Mar, se vió en la precisión de volver caras. El momento era crítico, se necesitaba dar un golpe atrevido que contuviese el avance del enemigo; entonces se ordenó al regimiento de Junín y al batallón Vencedor que acometiesen por los flancos. La carga fué dada con entereza; la división peruana se reorganizó, y cargando, en unión del refuerzo, envolvieron al valiente Valdez, que buscaba su muerte en las agonías de su división". Bilbao, *obra cit.*, págs. 58 y 59. El término *volver caras* está mal empleado, y lo prueba el que no hubo dispersión y fuga de los peruanos, al punto de que se reorganizaron, y bajo los fuegos, con vigor suficiente para atravesar, á su vez, el barranco y derrotar á Valdez. En cuanto á que el batallón Vencedor acometiese al mismo tiempo que los Húsares, hay que tener en cuenta que, por su naturaleza y según las reglas militares, era el arma de caballería la llamada á intervenir en ese grave momento: la infantería tenía que limitarse á hacer fuego, para sostener el avance de los ginetes.

"Los batallones de la división La Mar fueron rechazados. Parte de la vanguardia enemiga, amenazando á la derecha de La Mar, se interponía ya entre éste y el general Córdova. El batallón Vargas principiaba también á ceder, cuando llegó el Vencedor. Con el auxilio de estas fuerzas y con el

rápido avance del regimiento de Húsares de Junín, se restableció la pelea. La embestida simultánea de todos los mencionados cuerpos sobre los realistas, fué terrible. A pesar de la valentía con que se defendieron y del fuego horroroso de las seis piezas de artillería que tantos daños hicieron en aquel día memorable, la división de vanguardia comenzó á plegar. La resistencia que opuso detrás de los barrancos fué muy tenaz; pero reunidas todas nuestras fuerzas de la izquierda, los españoles no pudieron sostenerse por más tiempo. La derrota se hace general''. Restrepo, *obra cit.*, t. III, p. 439.

«Los cuerpos peruanos, fuertes sólo de 1280 hombres, tenían al frente toda la terrible división de Valdez, constante de 3000.... Observando el general La Mar (á sus cazadores) cuando, sereno y arrogante, recorría toda la línea por en medio de los fuegos, temió que fuesen arrollados, pidió á la reserva un cuerpo colombiano, y Sucre ordenó que se le mandase inmediatamente el Vencedor. Desplegando en batalla este cuerpo, reemplazó en la línea á los cazadores del Perú, los cuales, sin haber perdido terreno, se replegaron sobre la derecha, haciendo fuego....Reforzada nuestra izquierda, seguía, sin desventaja, confrontando desde sus puestos á la división Valdez....El avance de la división La Mar fué tan simultáneo como el de Córdova.... Sorprendido Valdez con nuestro movimiento y resonando ya tal vez en sus filas, al menos en los dos cuerpos destacados hacia el codo de nuestra línea, la catástrofe que, á manera de terremoto, venía envolviendo rápidamente la izquierda y centro del ejército español, hizo alto y nos aguardó á pie firme. Nuestro bien dirigido fuego hacía brechas en sus columnas .... Desorganizadas las primeras filas, toda la infantería se desgranó y la caballería resistió menos que los peones....Hablándose de Ayacucho, el público generalmente no ha tenido ojos ni atención sino para nuestra ala derecha, embelesado, como es justo, con la amplitud y brillantez del espectáculo; pero la empresa de nuestra izquierda

fué más prolongada y exigió una solidez de resistencia extraordinaria, con tropas en su mayoría novicias y contra fuerzas al principio más que dobles de las nuestras. Téngase también en cuenta quien era D. Gerónimo Valdez, que el ya célebre comandante D. Antonio Aspiroz le secundaba, y que él abrió primero los fuegos y los cerró el último por parte de los españoles, inclusive en batería, que mientras fué suya no descansó de ametrallarnos. Por consiguiente, el resultado habla muy alto del experto general La Mar, de los cuerpos peruanos y de los colombianos mandados en su refuerzo". López, *obra cit.* págs. 310 y siguientes. El único vacío que notamos en esa relación, la más llena de detalles y de colorido de las que se han escrito sobre Ayacucho, como que la trazaron los recuerdos personales del general López y la admirada pluma de Rafael Pombo, es que no se hace mención de la carga de los Húsares de Junín.

Torrente, *obra cit.* págs. 492 y siguientes, describe la batalla, limitándose á una frase respecto al ala derecha española, opuesta á nuestra izquierda: "El general Valdez ocupó la casa fuerte, arrollando á los tres batallones del Perú que se habían adelantado sobre el barranco para sostener las compañías que defendían dicha casa." Ignoramos cual era la casa fuerte. Probablemente da tales proporciones el historiador español á una frágil y reducida casa de indígenas. El verbo *arrollar* se halla inexactamente empleado.

"El general La Mar es natural de Guayaquil; mandó bizarramente el ala izquierda del ejército, que fué la que sufrió el más terrible choque de la fuerza enemiga y decidió la victoria." Olmedo en nota al poema citado. Enardecido por la fantasía poética, pudo Olmedo forjar á Bolívar héroe de Junín, pero la misma fantasía no podía informar las notas que puso á sus maravillosas estrofas. La verdad resplandece en la que insertamos. ¿Se atrevería el bardo del Guayas, olvidado ya de la incorporación de su ciudad natal á Colombia, hecho que-

tanto le hirió, y pendiente ahora de la mirada olímpica de Bolívar, en el apogeo de su poder y de su gloria, á disgustar á éste, dando una versión falsa de la intervención peruana en Ayacucho, con cierto detrimento de los soldados colombianos?

"Sucre reforzó á La Mar con dos batallones de la reserva.... El Vargas se desplegó en guerrilla al frente de la línea y permitió rehacerse á los soldados peruanos, que habían soportado lo más duro del fuego; pero como éste no decaía y, por el contrario, el infatigable Valdez lo hacía cada vez más recio, el batallón tampoco pudo resistir. Entonces le sucedió en su puesto el coronel Luque con el Vencedor, el que desplegó en batalla al frente de la línea. En ese momento, dos cuerpos realistas habían atravesado el barranco medianero y estaban formados en el costado de las posiciones republicanas. El peligro era inminente para la referida división de La Mar; pero entonces los cuerpos se organizan: el batallón peruano de la Legión y el Vargas, apoyados por los Húsares de Junín, que constaban de dos escuadrones mandados por los comandantes Blanco y Olavarría, y los Granaderos de los Andes, embisten juntos sobre los batallones realistas, la infantería de frente, la caballería por los costados, distinguiéndose Olavarría ... Valdez hizo esfuerzos sobrehumanos por evitar la derrota, y cuando lo vió todo perdido, se bajó del caballo y se sentó en una piedra del campo, agobiado por su desgracia y dispuesto á perecer allí; y así hubiera sido si un coronel de caballería realista que le servía de ayudante, no lo saca de ese sitio, casi por la fuerza, y le obliga á seguir al Condurcunca, donde se precipitaban los fugitivos." Búlnes, *obra cit.* págs. 604 y siguientes. Los Granaderos de los Andes, á los que Mitre se toma la libertad de atribuir que fueron los que hicieron retroceder á Valdez (*obra cit.* t. III., p. 741) no eran sino restos de ese cuerpo, viejo baluarte de la libertad americana, y formaban un grupo muy pequeño y falto de solidez para semejante hazaña. Es oportuno rememorar que Torrente, hablando

de la batalla de Moquegua, dice: "Aquí dejó de existir el notable regimiento de los Andes, que constituía el principal nervio de la caballería enemiga y que tanto se había hecho respetar en Chile, en el Perú y en Quito por su buena disciplina y por su extraordinario valor." *Obra cit.* t. III, págs. 577 y 578. La presente crítica es aplicable á la versión de «El Comercio» que hemos insertado, pues en ella, en Mitre y en Búlnes, que probablemente se han copiado los unos á los otros, se habla de los Granaderos: los demás historiadores prefieren no mencionarlos. Tampoco lo hizo Sucre.

Digno remate á esta nota, consagrada á la fama de las armas peruanas, que opacaron la ignorancia y la envidia, serán los párrafos pertinentes del parte del mariscal de Ayacucho, bañado sí, ahora, en los efluvios de su elevado espíritu: "Los enemigos, penetrando por nuestra izquierda, amenazaban la derecha del general La Mar y se interponían entre éste y el general Córdova con dos batallones en masa; pero llegando con oportunidad Vargas y ejecutando bizarramente los Húsares de Junín la orden de cargar por los flancos de estos batallones, quedaron disueltos. Vencedor y los batallones 1.º, 2.º y 3.º y Legión Peruana, marcharon audazmente sobre los otros cuerpos de la derecha enemiga que, reuniéndose tras el barranco, presentaban nuevas resistencias; pero reunidas las fuerzas de nuestra izquierda y precipitadas á la carga, la derrota fué completa y absoluta. ....Con satisfacción cumplo el agradable deber de recomendar á la consideración del Libertador, á la gratitud del Perú y al respeto de todos los valientes de la tierra, la serenidad con que el general La Mar ha rechazado todos los ataques á su flanco y aprovechado el instante de decidir la derrota." Odriozola, *obra cit.* t. VI, pág. 135.

El lector debe fijar su atención en las dos apreciaciones de Sucre, concordante, la principal, con la cita de Olmedo: 1ª que la división peruana rechazó á Valdez; y 2ª que la división peruana decidió el vencimiento de los numerosos y engreídos realistas.

45

Odriozola, *ibid.*

46

En un pliego agregado al oficio original con que Sucre elevó á Bolívar la capitulación de Ayacucho, se lee, de su puño y letra, el siguiente cálculo sobre las pérdidas del ejército colombiano en las acciones del 3 y del 9 de diciembre de 1824:

CUERPOS	MUERTOS			HERIDOS		
	Jefes	Oficiales	Tropa	Jefes	Oficiales	Tropa
Rifles	1	3	122	....	1	88
Vencedor	....	1	30	1	2	121
Vargas	....	....	40	....	1	48
Bogotá	....	1	31	....	2	65
Voltígeros	....	....	19	1	7	55
Pichincha	....	1	12	1	7	51
Caracas	....	....	30	1	8	124
Caballería	....	3	16	1	6	28
	1	8	300	5	34	580

	Jefes	Oficiales	Tropa
Muertos	1	8	300
Heridos	5	34	680
Total pérdidas...	6	42	980

Colección del Instituto Histórico del Perú.

47

En Ayacucho no hubo chilenos. Los laureles de la jornada que dió la libertad á cinco naciones y que consolidó la libertad de las demás del continente, corresponden exclusivamente á 4500 colombianos, 1200 peruanos y 80 argentinos. *Colección O'Leary.*

Bulnes, *obra cit.*, que tan triste idea tiene de los peruanos, tortura su inteligencia para demostrar que en el ejército libertador hubo soldados de su país. Admitímoslo en cuanto á los 300 hombres que trajo, á última hora, el coronel Aldunate, pero conózcase su comportamiento en las acciones de Junín, Corpahuaico y Ayacucho: "Esta tropa colecticia y de malos ginetes no sabía manejar la lanza, y su primer ensayo nos puso en apuros, porque estos fueron los derrotados en Junín, en donde huyeron á todo escape, sin volver caras como los granaderos de Colombia, á quienes habían arrastrado en su fuga. De nada nos sirvieron los chilenos en la campaña de 1824, porque en Corpahuaico, en que los españoles nos atacaron, se dispersaron y no volvieron á incorporarse al ejército sino después de la batalla de Ayacucho, cuando supieron que habíamos triunfado" Manuel Antonio López, *Revista Peruana*, t. IV, pág. 218. "En la desgracia de Matará (ó Corpahuaico) fueron los únicos de caballería que se desordenaron y se dirigieron á Huamanga á saquear los equipajes de los oficiales". Juan B. Pérez y Soto, *ibid.*, pág. 219. "No sirven para nada, y disolverlos sería un bien; son los que más desórden metieron el día 3 y luego fueron de fuga á Huamanga, robaron los equipajes de los oficiales é hicieron otras mil diabluras". Sucre á Bolívar, (Abancay, 25 de diciembre de 1824.) O'Leary, *obra, cit.* t. I, p. 208.

La pluma se resiste á seguir trascribiendo.

Vicuña Mackena, *obra cit.*, págs. 34 y siguientes, alude á que los indios de Huanta hostilizaron al ejército de Sucre. El hecho es verdadero, pero no valía la pena de insistir sobre él ni de decorarlo con títulos llamativos. Los naturales de esa provincia profesaban, y creemos que en algunos pasa todavía lo mismo, un extraño y fervoroso amor al rey de España, fenómeno que, por ejemplo, se ha observado también en ciertas regiones de Colombia. En las *Memorias* de Posada Gutiérrez, se lee: «Volvió, pues, el coronel Obando sus miradas hácia el sur del departamento, que le daba más esperanzas, y dejando al coronel López en Popayan, marchó sobre Pasto con 200 hombres, llevando armas y municiones para levantar á los pastusos, y lo consiguió, *ofreciéndoles proclamar al rey de España, que era el ídolo de aquellos pueblos*». T. I, pág. 135. "El 1.° de diciembre había llegado Bolívar á Santa Marta en un estado lamentable de postración. Agravándose por momentos, lo condujeron, á los seis días, á la hacienda de San Pedro Alejandrino, propiedad del señor Joaquín Mier, español de nacimiento, situada á la orilla del río Manzanares, á una legua de Santa Marta, cerca de Mamatoco, pueblo de indios.. *que fueron tenaces defensores de la causa de España.*" T. I, págs. 135 y 526. Y esto sucedía en 1830!

Así como nuestra patria cuenta con detractores gratuitos, entre los cuales descuellan Vicuña Mackena y Búlnes, puede recurrir, con orgullo, á escritores de la talla de Posada Gutiérrez, á quien siempre citamos con agrado, porque, libre de consideraciones estrechas y ocasionales, por desgracia harto extendidas en América, no ha trepidado en decir: «Prescindiendo de la cuestión de límites, nunca tuvo Colombia otra queja del Perú que las suscitadas, la primera por el mariscal Santa Cruz y la segunda por el mariscal La Mar, de los cuales ninguno era peruano de nacimiento. En todo lo demás, ha sido siempre el Perú munífico con los colombianos: cumplió religiosamente con las recompensas que

les ofreció; los que se encontraron en las batallas de Junín y Ayacucho y han permanecido en su territorio, ó si volviesen á él, gozan de la pensión del sueldo íntegro de la clase que tenían entonces. Después dió el Perú una gran prueba de moralidad rehusando la admisión del general Obando como Ministro de la Nueva Granada, por estar acusado como inmediato responsable del asesinato del general Sucre; y antes, cuando ese general fué proscrito, encontró en el Perú, en calidad de desgraciado, generosa hospitalidad, á pesar del general Mosquera que fué á perseguirlo hasta allá, reclamándolo como reo prófugo. El general Flores, que no estuvo en Junín ni en Ayacucho, fué al Perú en su desgracia, y por ser un ilustre guerrero de la Independencia colombiana, tuvo la más cordial acogida, se le asignó una fuerte pensión y mereció atenciones del Gobierno y de los ciudadanos. El señor Torres, actual obispo de Popayán, buscó también asilo en el Perú, en 1851, cuando principió la persecución religiosa, y en el acto de su llegada fué recibido en el palacio arzobispal, le asignó el gobierno 200 pesos de pensión y se le prodigaron más atenciones de las que acá podía esperar.» *Obra cit.* t. I, pág. 176.

También el general Páez, en su avanzada ancianidad, disfrutó en Lima de un tranquilo asilo y de una pensión.

La conducta observada en Lima con Flores fué extraordinariamente generosa, si se recuerdan las palabras y hechos de ese general poco antes y durante la guerra del Perú con Colombia en 1829. Léase, por ejemplo, la proclama de 13 de junio de 1828, llena de caprichosas ofensas contra nosotros, que Odriozola publica junto con otra semejante del general Vicente Gonzales, á quien el coronel Raulet, meses después, había de tratar del modo más caballeroso, al tomar Cuenca al frente de una columna desprendida del ejército de La Mar. Flores comprometió, igualmente, el buen nombre y las tradiciones republicanas de nuestra cancillería con su

expedición al Ecuador, preparada en el Callao, en 1852.

Respecto á límites, sólo exigimos de nuestros vecinos setentrionales el territorio á que nos da incuestionable derecho la real cédula de 15 de julio de 1802.

48

"Cuando el general Canterac volvió á Europa, publicó una carta en un diario francés, negando la que había escrito al Libertador. Tal conducta, que arroja un borrón indeleble sobre su nombre, fué indigna de un caballero español, cuyo bizarro comportamiento, por muchos años, mereció los elogios de sus mismos enemigos. De muy distinto modo se portó el general Morillo. El Libertador dió el original de aquella carta al capitán Malling, que mandaba entonces la escuadra inglesa en el Pacífico". O'Leary, *obra cit.* Narración, t. II, pág. 324.

A este incidente se refiere la siguiente carta á Bolívar: "Incluyo á V. E. el N.° 8 de «El Peruano» en el cual encontrará V. E. la villanía con que Canterac ha negado ser suya la carta que se publicó aquí y lo que yo he escrito á este respecto, ciertamente con poca razón porque estaba ciego de ira cuando tomé la pluma. Para que se publicara el fascímil, he pedido la carta á Manuelita (*) que, en virtud de las órdenes de V. E., ha tenido dificultad en dármela. Si al fin la venzo y recibo la carta, dejaré una copia legalizada por tres escribanos y remitiré el original á los señores Olmedo y Paredes para que publiquen cuatro ó cinco mil ejem-

(*) La famosa doña Manuela Saenz, natural de Quito. Después del regreso de Bolívar á Colombia, se quedó en Lima hasta que partió para Bogotá á reunirse con el Libertador, á quien, con su serenidad, salvó de la muerte, en el asalto nocturno al palacio de San Carlos por los conjurados del 25 de setiembre de 1828. Falleció en Payta, cargada de años é inválida.

plares de ella, procurando que algunos vayan á las manos del rey de España. Si V.E. lo tiene á bien, podrá dar orden á Manuelita para que me proporcione siempre cuantos documentos le pidiese en lo sucesivo, porque es muy regular que, con el tiempo, tenga que recurrir á ellos para dar algunas contestaciones. Felizmente tengo en la memoria los fundamentos y antecedentes que han dado lugar á todos los actos públicos de estos últimos años. Soy de V.E. muy atento y obediente súbdito.— *Tomas de Héres*".

LIBROS, PERIODICOS
Y MANUSCRITOS CONSULTADOS

La enumeración ordenada de las fuentes en que se basa nuestro trabajo, puede ofrecer utilidad, especialmente á los jóvenes, que encontrarán en ella los datos bibliográficos necesarios para conocer la guerra de la Independencia peruana. Debemos, por si acaso, advertir que algunos de los libros citados tienen sólo relación incidental ó indirecta con aquel episodio histórico, pero que no por eso carecen de real importancia en este género de estudios. Hemos evitado repetir la fecha y el lugar de la edición, que se dan en las respectivas notas.

ALCALÁ — *Para la historia de la América del Sur.*

ANCÍZAR — *Antonio José de Sucre.*

ARENALES — *A mis compatriotas de Chile y el Perú.*

BARALT Y DÍAZ — *Resúmen de la historia de Venezuela.*

BARROS ARANA — *Historia general de Chile.*

BIBLIOTECA POPULAR — *Bogotá.*

BILBAO — *Historia de Salaverry.*

BLANCO — *Documentos para la historia pública del Libertador.*

BULNES — *Ultimas campañas de la Independencia del Perú.*

CAPELLA TOLEDO. — *Leyendas históricas.*

CEBALLOS — *Resúmen de la historia del Ecuador.*

COLECCIÓN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL. — *Lima.*

COLECCIÓN DEL INSTITUTO HISTÓRICO DEL PERÚ — *Lima.*
COLECCIÓN Paz-Soldán.
COLECCIÓN O'Leary.
COMERCIO (*El*) — *Lima.*
CÓNDOR (*El*) — *La Paz.*
CORTÉS — *Diccionario biográfico americano.*
ESPEJO — *El paso de los Andes y la conquista de Guayaquil.*
FÉNIX (*El*) — *Lima.*
GACETA DEL GOBIERNO — *Lima.*
GALINDO — *Las batallas decisivas de la libertad.*
GARCÍA CAMBA — *Memoria para la historia de las armas españolas en el Perú.*
GARCÍA DEL RÍO — *Meditaciones colombianas.*
GONZÁLEZ CHÁVEZ — *Cuadros sinópticos de la guerra de la Independencia.*
HERRERA — *Album de Ayacucho.*
IRISARRI. — *História crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho.*
LARRAZÁBAL — *La vida y correspondencia del Libertador Simón Bolívar.*
LEDESMA — *Ensayo histórico de las operaciones del ejército libertador del Perú.*
LÓPEZ (*M. A.*) — *Campaña del Perú por el ejército libertador.*
LORENTE — *Historia del Perú desde la proclamación de la Independencia.*
MARCKAM — *Historia del Perú.*
MARIÁTEGUI — *Anotaciones á la historia del Perú Independiente por Paz Soldán.*

MENDIBURU — *Diccionario histórico biógrafico del Perú.*
MILLER — *Memorías.*
MITRE — *Historia de San Martín.*
MORILLO — *Memorias.*

ODRIOZOLA — *Documentos históricos del Perú.*
O'LEARY — *Memorias.*
OLMEDO — *La victoria de Junín* (*Notas.*)

PAZ SOLDÁN — *Historia del Perú Independiente.*
PAZ SOLDÁN Y UNÁNUE — *Páginas diplomáticas del Perú.*
PERUANO (*El*) — *Lima.*
POSADA GURIÉRREZ — *Memorias históricas políticas.*
PRENSA PERUANA (*La*) — *Lima.*

REBAZA — *Anales del Departamento de la Libertad.*
RESTREPO — *Historia de Colombia.*
REVISTA DE BUENOS AIRES.
REVISTA DE LIMA.

SAMPER — *Galería nacional de hombres ilustres ó notables.*

TELÉGRAFO (*El*) — *Lima.*
TORDOYA — *Oración fúnebre de La Mar.*
TORRENTE — *Historia de la revolución hispano-americana.*

VALDEZ — *Guerra separatista del Perú.*
VIAJE DE ESTADO MAYOR EN EL PERÚ — (*1902*).
VICUÑA MACKENNA — *El Washington del Sur* — *La revolución de la Independencia del Perú.*
VILLARÁN — *Narración biográfica de La Mar.*

ÍNDICE

	Págs.
Proemio	5
Los peruanos y su Independencia	19
Batalla de Pichincha	25
Batalla de Junín	30
Batalla de Ayacucho	41
Notas	45
Libros, periódicos y manuscritos consultados	101

ERRATAS

En la pág. 8, línea 10, debe leerse *Tarma* en vez de *Jauja*.

En la pág. 24, línea 26, falta la llamada que corresponde á la cita número 1.

En la pág. 29, línea 23, falta la llamada que corresponde á la nota número 15.

En la misma página, línea 30, la llamada debe ser, no á la nota número 15, sino á la nota número 16.

En la pág. 42, línea 24, debe leerse *tercer* en lugar de *cuarto*.

En la pág. 65, línea 6, debe leerse "honroso *peso* de *vuestra* munificencia".

En la pág. 77, línea 19, debe suprimirse *y soldados*.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

EL GRAN POETA PERUANO

(Estudio crítico sobre Luis Benjamín Cisneros).

EN PRENSA

Fragmentos selectos de escritores nacionales

(Con biografías y apreciaciones críticas).

Síntesis de la personalidad de D. Manuel Candamo

(Estudio, con grabados, sobre este hombre público).

EN PREPARACIÓN

Ejemplos de amor patrio en el Perú

Castilla y San Martín

(Estudio sobre la actitud del Perú con San Martín en sus últimos años. Ampliación de una Conferencia dada en el Ateneo de Lima).

Album militar del Perú

Primeros acordes

(Colección de ensayos poéticos).

F 3446 .I98 C.1
Los peruanos y su independenci
Stanford University Libraries
3 6105 037 157 992

Stanford University Lib
Stanford, Californi

Return this book on or before dat